'NZALO JOVER
EMILIO G. DEL CASTILLO

El Intruso

COMEDIA DRAMATICA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO DE LA NOVELA DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

100



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

3

EL INTRUSO

Al aplaudidísimo autor, Emilio Mario, que honra
mi glorioso nombre con su gracia inimitable.
Testimonio de agradecimiento de admiración
y afecto de un amigo [illegible]
Los adaptadores
[illegible]

EL INTRUSO

COMEDIA DRAMATICA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO ESCÉNICO DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

DEL NOTABLE ESCRITOR

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

HECHO CON SU AUTORIZACIÓN

POR

Gonzalo Jover y Emilio G. del Castillo

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 26 de Noviembre de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

A Emilio Thuillier

Sus admiradores,

GONZALO JOVER.

EMILIO G. DEL CASTILLO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CRISTINA..................	SRA. COMENDADOR
PEPITA MORUETA..............	SRTA. VILLANOVA.
AÑA NORA..........................	SRA. ANAYA.
LUIS ARESTI........................	SR. THUILLIER.
DON JOSÉ MORUETA............	MARTÍNEZ.
FERNANDO SANABRE...........	ARMENGOD.
FERMÍN URQUIOLA.............	MONTENEGRO.
TOMÁS IRIONDO (a) EL CAPI....	PASTOR.
GOICOECHEA.....................	MANSO.

La acción en Bilbao.--Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Un salón en el hotel de Morueta, en las Arenas. Muebles elegantes y ricos. Puertas en los laterales primero y segundo término. Al fondo «serre» de cristales.

ESCENA PRIMERA

IRIONDO y GOICOECHEA

IRION. (Entrando primero derecha; un poco gritado.) Buenos días, carlistón.

GOIC. (Advirtiéndole.) ¡Chist! Más bajo.

IRION. ¿Hay enfermos?

GOIC. Está don José ahí... con Sanabre el ingeniero, hablando de negocios.

IRION. ¡Pero ese Pepe! ¡Ni en el día de su santo descansa!

GOIC. Tratan de cambiar el sistema de dos hornos y construir otros nuevos. La verdad es que nada da abasto.

IRION. Dígamelo usted á mí que llevo en dieciocho días despachados quince barcos, con carga hasta en las cofas.

GOIC. En las oficinas se ha aumentado el personal. ¡Aquello es ya una colmena!

IRION. Donde se fabrican millones.

GOIC. Ayer *hemos* realizado una operación magnífica con una casa alemana...

IRION. ¿Pero usted también pica?

GOIC ¿Yo? ¡Pobre de mí!

IRION. ¡Como dice usted *hemos*!

GOIC. La casa... ¡Qué talentazo el de don José! Pensó el negocio mientra afilaba yo un lapicero.

IRION. Y él le sacó más punta.

GOIC Es colosal, sublime; Bilbao le admira.

IRION. El hijo de un gabarrero! ¡Bien puede enorgullecerse un poco!

GOIC. Recuerda demasiado su humilde orígen. Y no hay por qué... Es un poco molesto para la noble familia conque ha emparentado. Porque doña Cristina es de lo más fioridito de Durango. ¡Pura raza bizkaitarra!

IRION. Que brilla gracias al dinero ganado por Pepe.

GOIC. ¡Siempre sería noble!

IRION. ¡Bah! ¡Bah! ¡Pergaminos á secas!

GOIC. Pero usted no parece hijo del país. Habla usted como un *Maketo.*

IRION. Yo no soy más que un bote amarrado al puerto... ¡Ah! ¡Si yo pudiese navegar!...

GOIC. ¿Todavía le quedan á usted ganas?

IRION. Todavía... He corrido el mundo de punta á punta.. Navegué en los mares de veras. No en el Mediterráneo. ¡Charca donde se pudre todo el suelo de Europa!

GOIC. No tanto. .

IRION. Desde Suez á Gibraltar ladrones á derecha é izquierda. Antes los corsarios atacaban sobre las olas, ahora aguardan cómodamente en los puertos para desbalijar al navegante.

GOIC. A usted eso al fin le tiene sin cuidado, Capi, con su canongía en la casa. ¡De algo ha de servir ser amigo de Morueta!

IRION. Muy amigo. Por estar con él vivo yo en tierra como un lanchón apuntalado. Conmigo salió por primera vez á la mar... pero no le gustó el oficio y se quedó de chupatintas en Inglaterra, hasta que olió el negocio de las minas, regresó acá, echó mano de los ahorrillos del viejo gabarrero y ¡duro en los negocios!

GOIC. Fué una bendición de Dios. ¡Qué prosperar tan rápido y grandioso! Se casó... Fué padre. .

IRION. A propósito, señor Secretario, ¿cómo están doña Cristina y Pepita?

GOIC. Bien... con la ayuda de Dios. Fueron de mañana á confesar y comulgar.

IRION. ¿Y no han vuelto aún?

GOIC. Sí, volvieron... pero para salir nuevamente en automóvil.

IRION. ¡Trasto más apestoso! ¿Me negará usted que sin tan mal olor corre mucho más un bergantín á toda vela?

GOIC. Por el agua... ¡Ya lo creo!

IRION. ¡Pues el día que los bergantines anden por tierra!...

ESCENA II

DICHOS y ARESTI

ARESTI ¡¡Y cuando haya bergantines aereostáticos!!

GOIG. ¡El señor Aresti.

IRION. ¡Hola, *Planeta*! (Muy afectuoso.)

ARESTI Adiós, Capi. ¡Siempre tan famoso!

IRION. ¿Sabes que te encuentro aviejado?

ARESTI ¿Crees que no lo estás tú también? Te probaba mejor el aire del mar.

IRION. Cierto ¡Y si al menos pudiese más á menudo irme, escopeta al hombro, á cazar *chimbos* á la montaña...! Pero falta el tiempo. Además, los años, Luisillo. Tú no te acuerdas de que yo era ya piloto cuando con los calzones á media pierna jugabas en Oleaveaga, en el huerto de tu tío, el padre de Pepe. De los tres eres el más joven. (Señalando á Goicoechea.)

ARESTI ¡Ah! Dispénseme usted, diligente Secretario. No le había visto.

GOIC. Ni yo quise interrumpirles...

IRION. (Volviendo á coger a Aresti por su cuenta.) ¡Bien, Planeta; muy bien!

ARESTI Oye, Capi... ¿Me tomas por un astro?

IRION. ¿No me entiendes? Mira, Luisillo. Los hombres se dividen en tres clases: Laboriosos. Esos no tienen apodo. Vagos é inútiles, que

llamamos *Arlotes*. Y *Planetas*, gente simpática, de talento... de corazón. Aptos para todo... y que á nadie sirven para nada. Ni aun para ellos mismos... Calaveras listos... Artistas enamorados de ideales. Hombres que desprecian lo práctico y llegan á la vejez sin salir de pobres. ¿Y qué mayor *planeta* que un médico como tú que pudiendo hacerse rico en Bilbao, prefiere vivir casi pobre entre los brutos de las minas?

ARESTI Yo me encuentro bien en Gallarta... Me quieren de veras...

IRION. ¡Loco! Seguirás coleccionando libracos y aprendiendo maravillas, sin sacar de ellas provecho.

ARESTI El provecho de saberlas.

IRION. Apuesto á que no has reunido mil duros. (Riendo.)

ARESTI Ganarías la apuesta.

IRION. (Alegre y afectuosamente.) ¡Eres siempre el niño de Olaveaga! ¿Qué le parece á usted Goicoechea? ¡No aprenda usted á negociar de este mediquillo, que siendo pobre, visita gratis y paga encima las recetas!

GOIC. ¡Eso es ejercer la caridad! (Adulador.)

IRION. ¡Es ser *Planeta*! ¡Que hagan la caridad los ricos!

ARESTI Es que los ricos no conocen las necesidades de los pobres. Viven demasiado alejados de ellos... En fin, cada cual... ¿Me esperaba mi primo?

GOIC. Ha preguntado por usted varias veces.

IRION. ¿Cómo no había de esperarte si su debilidad eres tú? Tú y Fernandito. Ese ingenierete de los Altos Hornos...

GOIC. Muy simpático. (Forzado.)

IRION. ¡Las veces que Pepe te recuerda! Un día me dijo: «Ese chico debía estar á mi lado.» Mira que estar al lado de Sánchez Morueta, es tener la fortuna en el bolsillo. Que puede, en poco tiempo, hacerte millonario. ¿Por qué no vienes?

GOIC. ¡Se alegraría tanto el amo! (Forzado también.)

ARESTI No me tienta el dinero. Prefiero dejar el si-

tio á los que lo aprovechen. Vivo en Gallarta más á mi gusto

IRION. Sí... Allí te tienen por algo milagroso. Lo he oído á los contratistas que van y vienen: «¡Don Luis! ¡Ah! ¡Don Luis!» y abren un palmo de boca. ¡A Luisillo el planeta! No te envidio más que las jarras de *chacolí* que te echarás entre pecho y espalda.

ARESTI Tú naciste con el sino de morir ahogado y como te retiraste á tiempo del agua te vas á ahogar en vino.

IRION. Poco que va á alegrarse Pepe cuando te vea. Yo hace cuatro días que no le he hablado. Mi despacho de la inspección de buques, está en el mismo piso que el suyo... pero ya conoces su genio. Cuando quiere algo, lo ordena por teléfono. Es muy bueno. Pero cuanto menos se le hable. mejor.

GOIC. Es poco amigo de palabras.

ARESTI Prefiere la acción. Hace bien. Su cerebro es una colección de palancas y resortes movidos por la voluntad. ¿Y como anda de salud y devoción mi prima la santa doña Cristina? ¿Ha metido ya en casa alguna comunidad religiosa?

GOIC. (Quemado, pero dulzarrón, con zalamería.) ¡Qué cosas tiene este don Luis!

IRION. (Inquieto.) Yo no sé. La veo poco. (Resuelto.) Mira, Luisillo, cada palo que aguante su vela.

ARESTI Bien dicho. Pero es que monjas y frailes aguantan la vela y nos largan el palo.

GOIC. ¡Señor Doctor! La señora fué siempre piadosísima. La señorita sigue la buena senda por donde su excelente madre la guía. ¿Qué quiere usted que haga una niña honesta?

ARESTI Entre otras cosas, prepararse para saber ser esposa y madre.

GOIC. Eso viene... naturalmente.

ARESTI ¿Sin preparación moral? ¡Así sale ello!

IRION. (Más contrariado.) ¡Luisillo!

ARESTI Debiera enseñarse á las mujeres á construir almas de amor y no de odio. A inculcar en sus hijos el desprecio á la barbarie. El an-

sia de la libertad. A tener conciencia del deber, sin opción á otra recompensa que la satisfacción de la vida Por ignorar esos principios, falsean las madres el corazón de sus hijos y éstos llegan á hombres, tomando el mundo por jaula de fieras, en la que se revuelven luchando por la mejor tajada. ¿Ve usted ese color rojo del hierro que cargan en los barcos de mi primo? Vale montes de oro, ¿no es así? Pues valía mucho más la sangre derramada sobre ellos en el memorable sitio de Bilbao.

GOIC. (Atajandole.) ¡Yo estuve en él! Entonces era joven... usted sería niño y no recordará tan famosos días... ¡Era un horror! Nos fusilábamos de cerca. Casi peleábamos brazo a brazo. Y por las noches charlaban amigablemente los centinelas de uno y otro ejército, cambiaban cigarros y se ofrecían lumbre...

ARESTI Para matarse de nuevo al amanecer.

IRION. Yo no estaba aquí entonces. Navegaba.

ARESTI (A Goicoechea.) Usted, por supuesto, sería de los *auxiliares* como mi primo Pepe.

GOIC. (Vivamente.) ¡Cá! ¡No señor! ¡De los otros!

ARESTI ¡Ah!

GOIC Era sargento de un tercio vizcaíno y llevaba la contabilidad. ¡Cosas de muchachos! Calaveradas, don Luis. Entonces tenía yo la sangre hirviente y la cabeza ligera. Aun no habían nacido los ocho chicos que ahora me devoran.

ARESTI ¿Y les enseña usted á los ocho... la contabilidad del tercio?

GOIC. Ahora me río de aquellas aventuras. ¡Cuando pienso que en Somorrostro casi me entierran por culpa de una bala perdida!

ARESTI ¿Conque carlista?

GOIC. Yo no. Ni la mayoría de los que expusimos la pelleja.

ARESTI ¿Pues qué son ustedes?

GOIC. ¡Nacionalistas! (Con gravedad.)

ARESTI ¡¡Hombre!! (Con admiración irónica.)

GOIC. ¡Bizkaitarras! Partidarios de que el señorío de Vizcaya vuelva á ser lo que fué un día,

cobijado por la sombra veneranda del árbol de Guernica. ¡Fueros y religión! Don Luis, eso defendemos, mucha religión.

ARESTI ¡Y muchos fueros!

GOIC. Nosotros para nosotros. ¿Quién ha traído á este país la mala peste de la libertad con todo su cortejo de impiedades? Los Maketos, don Luis, los Maketos. Ha llegado la hora de que los buenos vizcaínos luchemos por la honrada y noble Bizkaya. ¡Con B alta y con k! (Trazando imaginariamente las letras en el aire.) ¡Por que esa gente de España, por robarnos en todo, hasta en nuestro nombre mete mano! ¡Con B alta y con k! ¡Bizkaya! ¡Bizkaya! (El mismo trazado imaginario.)

ARESTI Pero eso no es una cuestión política, sino ortografica. Allá ustedes si pretenden hacer una revolución porque sus hermanos de patria les llamen con v de corazón y ustedes quieren ser llamados con b de burro.

IRION. ¡Chúpese esa, señor Secretario!

GOIC. De todo se burla este don Luis. ¡Es lo más bromista! (Recogiéndose.) ¡Pero no parecen ustedes vizcaínos sino maketos! Capaces son de no creer en los milagros de la Señora de de Vizcaya, de la Santa Virgen de Begoña. Hasta la fe toman ustedes á chacota.

ARESTI Yo no me burlo de la fe. El hombre es, naturalmente, cobarde ante el dolor. Cuando se considera perdido, cree y espera en lo maravilloso. Recuerdo un mister Peterson, un ingeniero inglés que había en Gallarta y no perdonaba ocasión de reir la idolatría católica. Un día despidió un peón que, en buena correspondencia, le asestó una puñalada y cuando se convenció de que no había medio de salvarle, llamaba en su auxilio á la Virgen de Begoña á grandes voces que se oían desde la calle.

GOIC. ¿Y se salvó, verdad?

ARESTI Murió aquella misma noche.

GOIC. Pero no le quepa á usted duda. Se salvó y está en la gloria.

ARESTI El no pedía la gloria, sino la vida.

GOIC. Bien; ustedes sus ideas.. yo las mías... Respeto siempre la opinión ajena...

ARESTI Sí; por eso andaba usted á tiros con los liberales cuando era carlista. Me río del respeto... Pero la fe aparte, lo que me interesa, como buen vizcaino, es saber cómo van ustedes á arreglarse para conseguir que Bizkaya, ¡con Balta! se emancipe de la Maketania centralista. Porque ustedes tendrán razón... gramaticalmente, pero ella tiene soldados y cañones...

GOIC. Se hará sin guerra. Nos aislaremos como algunos pueblos americanos que viven felices bajo el gobierno del Sagrado Corazón de Jesús...

ARESTI No cuenten ustedes conmigo para ser un colono del Paraguay.

GOIC. Convenceremos al mundo de que nuestros propósitos son nobles y patrióticos.

IRION. ¡Eh, eh! Eso de patrióticos...

ARESTI ¡Deshaciendo la patria! Por fortuna hay para rato...

GOIC. Es posible... pero yo tengo confianza. ¡Dios no muere nunca y no morirá Bizkaya que es su hija predilecta!

ARESTI Quedamos en que cuando ocurra eso me avisará usted. Yo, como vivo en Gallarta, no estoy muy al corriente de la alta política.

IRION. ¡Y tan alta!

GOIC. Lo cierto es que Bizkaya triunfará. ¡Bizkaya será grande! ¡Bizkaya será libre! (Siempre escribiendo en el aire.)

ESCENA III

DICHOS, MORUETA y SANABRE, segunda izquierda

MOR. (Con energía, vuelto de espaldas á los personajes de la escena. Hablando con Sanabre.) No tolero esos manejos. Soy dueño del trabajo, no del pensamiento de mis obreros. Ahora verá usted. ¡Goicoechea!

GOIC Dispense usted si le llamo la atención... pero está aquí... (Queriendo evitar á Sánchez Morueta.)

MOR. ¡No recibo á nadie!

ARESTI ¿Ni á mí tampoco?

MOR. ¡Luis! (Cambio completo. Abre los brazos y en ellos se precipita Luis. Efusivo por ambos.) ¡Ven acá! ¿Hace mucho que llegaste?

ARESTI Una media hora...

MOR. Haber entrado en seguida. ¡Perezoso! Me has tenido en jaque temiendo que no vinieses.

ARESTI Aun no clareaba el día, cuando sintiéndome empujado en un hombro, desperté. Lo primero que ví fué el rostro de manzana seca, verdoso y arrugado de Kataliñ, mi ama de llaves... y los dos cuernos del pañuelo que lleva la vieja arrollado á las sienes; don Luis, gritaba: «No olvide que hoy es San José y le esperan en Bilbao. No haga á su primo una de las suyas...

MOR. ¿Al amanecer... y vienes en el tren de las once?

ARESTI Es que antes he hecho la visita y hoy había de todo. Pero hablemos de tí. Sé que todos los demás están bien. Tú por lo visto no descansas.

MOR. No puedo. No me dejan. Yo sería feliz haciendo vida casera con mi familia. Pero los negocios...

ARESTI Son los negocios. La fortuna importa más que la dicha.

MOR. No, hombre; no exageres... Algunas tardes me quedo en casa oyendo tocar el piano á Pepita. (Queda callado como si no le gustara hablar de eso. Aresti al oir nombrar á Pepita se vuelve á Sanabre.)

ARESTI ¡Hola, ingeniero de mis pecados! ¿Qué tal esos Hornos?

SAN. Sin apagarse nunca. El fuego los sostiene. (Alegremente.)

ARESTI Como á los enamorados... ¿Lo estás tú? (Quedan hablando. En tanto el Capi se ha acercado á Morueta y le felicita.)

IRION. (A Aresti.) Ya sabes que no sé mentir.

MOR. ¡Gracias, Capi, gracias!

ARESTI ¿Y qué diablos te hacía salir tan incomodado?

MOR. Cuestiones de los talleres. Han despedido á un obrero y se quejan los otros. Yo no puedo ocuparme de esas minucias.

ARESTI ¿Pero por qué le han despedido?

SAN. ¡Porque no va á misa!

ARESTI ¡Eh?

MOR. Parece que esos empleadillos que tengo en la administración... la mayor parte recomendados de usted, señor Goicoechea... (En tono de reñir á éste.)

GOIC. ¡Oh! ¡Yo!... Doña Cristina...

MOR. Bien; de usted y de mi mujer... Ello es que han montado un servicio de espionaje contra los obreros, y el que de estos no es beato, ya puede liar el petate. (Indignado.) ¡Eso no puede seguir, señor mío! (A Goicoechea.) Quiero gente que trabaje, sin importarme que rece. Mañana da usted orden de que liquiden á esos caballeretes y ¡largo!

SAN. No es preciso, don José. Con readmitir al despedido se darán por satisfechos los obreros; son buena gente...

MOR. ¿Admitir al despedido? ¡Pues no faltaba más! ¡Que se quede y se le abone el día que se le ha tenido en paro forzoso!

ARESTI Muy bien, Fernandito. Celebro verte haciendo la causa de los desgraciados.

IRION. ¡Así le quieren!

GOIC. (Con retintín.) Como le han visto con boina y alpargatas... para probarles que sabía trabajar como un obrero.

ARESTI Usted también usó alpargatas y boina... ¡pero para algo peor! (Aludiendo á la guerra carlista.)

MOR. (Por Sanabre, á Aresti.) ¿Este chicuelo? Es mi brazo derecho. El solito lleva los Altos Hornos. ¡Tiene cabeza!

ARESTI ¡Y corazón! No sé por qué se me figura que este último anda demasiado aprisa.

SAN. ¡Señor don Luis! (Quedan hablando Luis y Fernando.)

GOIC. Don José... me permito recordar á usted el encargo de doña Cristina... (Señalando á Aresti.)

MOR. ¡Ah, sí! (Vacilando.) Luis... es un favor que te pide mi mujer...

ARESTI ¿Y eso?

MOR. Que subieras á Begoña... á ver á don Tomás. Ese cura viejo que algunas veces nos visita.

ARESTI Ya sabes que yo soy médico de mineros, no de curas. No quiero competencias con los santos. Siempre pierdes. Sanan: «¡Al bendito San Fulano se debe!...» Mueren: «¡El bárbaro del doctor tuvo la culpa!

MOR. Anda, Luis... hazme ese favor. Piensa que hoy es mi santo y hay que tener contentas á las mujeres. Cristina y Pepita te lo agradecerán de veras.

ARESTI (Cediendo.) Bueno, bueno...

MOR. Goicoechea te acompañará. (A Goicoechea.) Dé usted orden de que enganchen mi berlina. En media hora escasa quedas listo. (A Aresti.) Falta más de una para la comida.

GOIC Voy á decir que enganchen. (Mutis primero derecha.)

ESCENA IV

DICHOS menos GOICOECHEA

ARESTI ¡Buen secretario tienes, querido Pepe!

MOR. Es laborioso.

ARESTI ¡Y bizkaitarra acérrimo!

MOR. No sé... No me dijo...

IRION. Es que este *Planeta* le saca de sus casillas.

SAN. En este asunto del obrero parece que se interesaba mucho...

ARESTI ¡Contra el obrero!

MOR. Me ha disgustado... Si no tuviese tanto interés por él Cristina... ¡Después de todo es un bendito!

ARESTI Un *Barbas* vuelto del revés.

IRION. ¿Barbas?

ARESTI ¿No conocéis al Barbas? Es un revoluciona-

rio convencido... Cara feroche, hablar bronco y salpimentado con toda clase de interjecciones. Si le oyéseis llamaros: «Compañeros» os asustábais... En el fondo no pasa de un ingenuo. Sus ideas sociales le impiden trabajar... «Es rendirse á los burgueses explotadores», dice; ¡y no trabaja!

IRION. Por holgazanería.

ARESTI ¡Por convicción!... Pero en Gallarte puede vivir el criminal... el borracho... el pendenciero... ¡El vago no! Hoy pasé ante su casa y me detuvo: ¿Qué hay compañero? le pregunté. ¡Mucha pajolera mala sangre, don Luis! ¡Moños, cuando llegue la nuestra! Mire uted lo que hacen conmigo esos canallas de burgueses. ¡Pescozones! Y me señalaba con gesto trágico su casucha desmonterada. «Me tienen miedo.» ¡Pajuela! Quién echarme de aquí ¡refajo! y para conseguirlo me han destechado la casa hace dos días. ¡Pues no me voy! ¡Ni trabajo ni me voy! Espero la gorda... El día de la revancha. ¡Ladrones! Aquel día no escapa nadie... Nadie... Mas que usted, don Luis, que visita gratis á los pobres. ¡A usted se le perdona!... ¡Y me perdonó como si realmente mi cabeza estuviese á punto de saltar de mi cuello!

MOR. ¡De mí hablará perrerías!

ARESTI ¡Condenado á muerte! A tí el día del triunfo no te salva ni el ser primo mío.

MOR. ¿Pero cuando triunfará el Barbas?

ARESTI ¡Al día siguiente que Goicoechea!

IRION. (Mirando su reloj.) ¡Las doce ya! Me voy á despachar el «Estrella de Bilbao.» Volveré para la hora de la cuchipanda.

SAN. Yo salgo también para dar la noticia satisfactoria á los obreros.

IRION. A tus órdenes, Pepe. ¡Adiós, Planeta!

SAN. Volveremos pronto.

MOR. ¡¡Puntualidad á la hora de la comida!!

ESCENA V

MORUETA. ARESTI

ARESTI Es simpático el ingeniero...

MOR. Y tiene talento. Ideas propias... pero las adapta tan bien á mis indicaciones, que á veces las órdenes que él dá son las que yo he pensado... ¡Me adivina!

ARESTI ¿Soltero, verdad?

MOR. Sí... vive en Deusto... á pupilo en casa de una infeliz viuda de un obrero que murió abrasado por un lingote al rojo... Es obra de caridad, porque con su pupilaje ayuda á vivir á la desgraciada.

ARESTI ¿Y los obreros le quieren?

MOR. Le idolatran... Cuando baja á los talleres, habla con todos y gracias á su memoria felicísima, recuerda todos los nombres, apoya todas las pretensiones justas, comprende fácilmente por qué y de dónde salen las quejas. Desde que él está al frente se arregla todo muy bien.

ARESTI Vamos... un carácter que sirve de *engrase* á la complicada máquina social.

MOR. Su adhesión es inapreciable. ¡Cómo defiende mis intereses!

ARESTI Tu hija Pepita es encantadora. (Con intención.)

MOR. ¿Mi ..? ¡Ah! ¡Tienes razón! No se me había ocurrido... Y no me desagradaría... Al contrario... ¿Sabes tú algo?

ARESTI Adivino... Aunque desheredado del amor, entiendo un poco de medicina del sentimiento. ¡He visto tantos *casos clínicos*!

MOR. Ya que á eso aludes... Viene aquí con frecuencia tu mujer.

ARESTI Supongo que hoy no comerá en tu casa.

MOR. No.

ARESTI Porque me iría á la fonda... Una indigestión es cosa grave.

MOR. Parece mentira que no haya sabido comprenderte. Tú que vales tanto.

ARESTI Valer; no. Pero la hubiese querido de veras. Es la amargura de mi vida.

MOR. ¿Por qué no intentas?...

ARESTI Es inútil... No son celos... rencor... desafecto lo que siente hacia mí... Es desprecio al *Planeta*, que dice el Capi. Yo soy un hombre que no gana dinero... Y ella una Lizamendi del antiguo señorío... Bizkaitarra con K y B alta... como Goicoechea.. Sólo perdonaría mi origen humilde si yo supiese cubrirla de brillantes.

MOR. Deja Gallarta. ¿Por qué no vienes conmigo?

ARESTI ¿Me harás rico? No... Eso sería comprarla, y hay algo que no se compra aunque sí se vende.

MOR. ¡Pobre Luis!

ARESTI ¡Bah! Aquellos salvajes de Gallarta me entretienen. Su cariño me compensa de mi soledad... ¡Y vivo! Allí me admiran... ¡Soy primo tuyo!

MOR. ¿Te burlas?

ARESTI No sabes lo que significa para aquellas gentes primitivas ser primo de don José Sánchez Morueta. Tú eres lo que sueñan ser todos los hombres del día: ¡Millonario!

MOR. ¡El capital! ¿Sabes la embriaguez que causa poder al sólo impulso de tu voluntad descubrir nuevos mundos? Porque son eso los grandes negocios. Arrancar á la tierra sus tesoros vaciando sus entrañas... Hacer cruzar los mares por barcos que llevan tu nombre y tu bandera... Mover ejércitos de trabajadores que á tu mandato sugetan su voluntad y ponen á contribución para servirte sus brazos robustos, su sangre roja, su labor de titanes ¡Es magnífico!

ARESTI Eres el poeta de la prosa. Yo no tengo tus ideales. Me conmuevo ante el dolor de los pequeños. He visto sufrir, y sé lo que cada cual sufre cuando se queja. A tí no llegan las lágrimas.

MOR. He intentado á veces hacer disparates para romper la monotonía del ganar... He querido perder. Imposible. Los absurdos me resultan

aciertos. Parece que el dinero no sabe más camino que el de mi caja.

ARESTI ¡Cuando pienses que de chico jugueteabas en el modesto jardín de Olaveaga, con los más míseros compañeros, debes sentirte orgulloso de tu obra formidable...! ¡Debes sentirte feliz!

MOR. Sí... No estoy descontento de mi suerte... Tengo la fortuna... En cuanto á la felicidad... Por fuera... en todo lo que se ve soy feliz... ¡Pero por dentro!... (Amargo.)

ARESTI ¡Pepe! (Alarmado.)

MOR. Cada uno sabe lo que lleva.

ESCENA VI

DICHOS, GOICOECHEA

GOIC. Está enganchado.

ARESTI ¿Vive muy lejos ese pater?

MOR. En la residencia. (Tímido.)

GOIC. (Recalcando) En la residencia de los Padres de la compañía.

ARESTI ¿De qué compañía?

GOIC. ¡De la de Jesús!

ARESTI ¡Ah! Creí que de la que era usted sargento cuando el sitio...

MOR. Vé. Eres la ciencia auxiliando á la Religión...

ARESTI ¡Siendo la religión enemiga de la ciencia!

GOIC. ¿Mando desenganchar? (Dentro, rumor de voces femeninas.)

MOR. ¿Oyes? Ahí están Pepita y su madre. Hasta me ha parecido oir á la Lizamendi.

ARESTI (Serio.) Vamos, Goicoechea.

MOR. Aguarda y las saludarás.

ARESTI No; Pepe.- Hay heridas que no cicatrizan. Bien está el cieno en el fondo del estanque, si se le revuelve, todo lo enturbia. Hasta la hora de la comida.

MOR. Creo que es caso grave el que vais á ver...

Todos le han desahuciado... Sólo un milagro..

ARESTI Está perdido entonces. ¡Yo no creo en ellos! (Mutis.)

ESCENA VII

MORUETA

(Viendo salir á Luis.) Cerebro de sabio... Corazón de niño... La inteligencia clara... La voluntad enfermiza... ¡Ese chico debería estar á mi lado!

ESCENA VIII

DICHO, CRISTINA, PEPITA, URQUIOLA segundo derecha

PEP. ¡Papá! ¡Papá! Tenemos que felicitarnos mútuamente.. Yo te regalo dos besos.

MOR. ¡Lo que más vale de toda mi fortuna!

URQ. A su Santo patrón he pedido tantas cosas para usted, que no sé si podrá atender á todas ellas

MOR. Gracias, Urquiola. ¿Qué tal los Oficios?

CRIS. Deliciosos. ¿Porqué no viniste?

MOR. Hija... Los negocios... He estado tratando uno importante con Sanabre.

CRIS. ¿El ingeniero? } (A la vez.)
PEP. ¿Fernando? }

MOR. Sí.

PEP. (Aparte.) ¡Ya decía yo! ¡Por eso no ha ido á los Oficios!

URQ. El Padre Pauli ha hecho un derroche de elocuencia...

CRIS. Como siempre...

URQ. La emprendió con los matrimonios, y haciendo la apología del de San José estuvo colosal.

CRIS. Verdaderamente colosal. ¿Verdad, Pepita?

PEP. Yo... sí... creo...

URQ. Aplastó materialmente á esos badulaques

que defienden todas esas bestialidades del divorcio. . el amor libre... el matrimonio civil... ¡Qué párrafos tan hermosos! Había mujeres que lloraban lágrimas como puños.

CRIS. Y aun habrá herejes que nieguen su talento.

URQ. No será delante de mí porque sería capaz de triturarlos.

MOR. Pues si llegan ustedes un momento antes, encuentra Urquiola masa para la trituración. Estaba aquí un médico que...

CRIS. ¿Aresti?

MOR. Lo has adivinado.

PEP. ¿Dónde está? ¿Por qué no viene á saludarnos?

MOR. Ha ido á visitar á ese Padre enfermo. Por complacerte. (A Cristina.)

CRIS. (Satisfecha.) Si en el fondo es bueno. . Solo esas ideas extrañas... Un poco de chifladura... ¡Con tanto librote...! ¿Quién sabe si llegará á convertirse?

URQ. Más hereje era San Pablo.

PEP. A mí me divierten mucho sus descripciones de Gallarta. Sobre todo cuando habla del cura de la burra blanca.

CRIS. ¡Pepita!

PEP. Un sacerdote que es á la vez contratista de las minas. Va en una burra blanca de aldehuela en aldehuela, celebrando bautizos, matrimonios y entierros, siempre de prisa, porque los obreros faltos de su vigilancia no aflojen en la labor. Parece que se ha hecho rico. ¡Y tiene un ama gorda y mofletuda!

URQ. ¿Es posible que usted, Pepita, tan buena y con los consejos sanos y los ejemplos excelentes de su mamá, dé oídos á quien cuenta esas cosas?

PEP. Es muy gracioso.

URQ Más graciosa es usted... Sobre todo hoy que está usted en gracia de Dios. Al contemplarla en la iglesia, me parecía usted una imágen más de la Virgen Santísima.

PEP. (Fría.) Muchas gracias.

ESCENA IX

DICHOS y SANABRE

SAN. ¡Don José! Ya están contentos como unas Pascuas los pobrecillos... ¡Ah! (Al ver á los otros.) Ustedes perdonen... Ignoraba que estuviesen aquí... A los pies de usted, señora. (A Cristina.) Señorita... (Con emoción á Pepita.) Quisiera significar á usted cuánta felicidad la deseo en el día de hoy... pero no encuentro palabras bastantes expresivas... En mi tierra he visto huertos de naranjos llenos de azahares. No sabría decir cómo son, y sin embargo sentí la poesía de aspirar su aroma.

PEP. Muchas gracias por su ramo. (Aparte á él.) Encontré la cartita.

CRIS. (A Urquiola y Sanabre.) ¿No se conocen ustedes?

SAN. Sí... Ya tenía el placer... Caballero. (Frío.)

URQ. Como estaba usted tan entretenido...

SAN. Felicitando á Pepita. (Turbado.)

URQ. Es usted el número doscientos veintitrés de sus felicitadores.

SAN. ¿Lleva usted la lista? Él puesto además nada importa. Para la amistad no hay orden numérico.

PEP. A veces los últimos son los primeros.

CRIS. ¿Y qué era lo que con tanta alegría comunicaba usted á mi marido?

SAN Un pequeño incidente de los talleres.

MOR. Un buen obrero despedido injustamente que he vuelto á admitir.

CRIS. Sí.. He oído algo á Goicochea. Es un hombre de malas costumbres.

MOR. Tiene la de trabajar.

SAN. Enterró un hijo en el Cementerio civil. Se le despidió por eso. Yo he creído deber intervenir porque es un buen fundidor.

CRIS. Pero un mal hombre.

SAN. No pregunto á los trabajadores sus ideas.

Nada me importan. Sólo miro si los brazos son musculosos y las manos hábiles.

MOR. Muy bien. ¿Creeis que se funde el hierro con soplidos de sacristanes?

CRIS. Mal camino lleva usted, Fernando... Así comenzó mi primo Luis... Y ya ve usted cómo ha terminado... Ahora acabamos de despedirnos de la pobre Antonieta Lizamendi. ¡Me da una lástima! Aresti es un pícaro. ¡Dejarla siendo un angel! ¡Un modelo de virtudes! ¡Cuando la infeliz no piensa sino en Dios y en su familia!

MOR. Ya sabes, Cristina, que me molesta tratar esa cuestión.

CRIS. No, si yo no culpo á Luis. Es la influencia de su educación en el extranjero. El trato con mujeres de cierta clase. París... ¡Ese París endemoniado! El es bueno. Ya ves ha accedido á visitar á ese pobre Padre enfermo. Pero las ideas... las ideas...

MOR. La Lizamendi no le amaba, y un hombre que no es amado es libre.

CRIS. ¿¡Libre!?

MOR. Además, no ignoras que ella llegó á insultarle con la humillación de darle á entender la diferencia de cunas...

CRIS. Bien. No hablemos de eso...

URQ. Lo que hizo Aresti es vergonzoso. Y usted perdone, don José, si hablo así. Pero lo que su primo pretendía era imponerla su incredulidad. Arrancarla su devoción. ¡Eso es tiránico!

MOR. ¿Por qué entonces pretendía ella imponerle su fe? Luis la dejó por no encontrar cariño á su lado.

CRIS. ¡La base del matrimonio es la castidad!

SAN. No lo crea usted, señora. ¡Es el amor!

URQ. El Padre Pauli.

MOR. Ni es padre ni entiende de eso.

CRIS. Las Lizamendis no perdieron nada.

MOR. No hay por qué compadecerlas entonces.

CRIS. Al fin el sobrino de un gabarrero.

MOR. ¡Ese gabarrero era mi padre! (Con dignidad.)

CRIS. Ellas son de otra alcurnia.

MOR. Mucho más empingorotada que la mía. Lo cual no las impide usar cuanto pueden mis carruajes... aprovechar mis relaciones y sentarse á mi mesa tan á menudo, que bien pueden ahorrar en su casa la cocinera.

SAN. Yo he creído leer, á través de las ironías de don Luis, un gran sufrimiento que le abruma.

URQ. Los remordimientos. No hay pecado sin penitencia.

CRIS. A las Lizamendis las consuela la fe. Tan nobles quedaron como eran.

MOR. Y un poco más empeñadas.

CRIS. ¿Y Aresti?

MOR. Se fué á Gallarta con el alma hecha girones. Es más desgraciado. Mucho más que ellas. Soñó en el nido y lo vió deshecho por el vendaval. Eso es siempre triste. No vive la tierra sin sol, ni el hombre sin cariño.

CRIS. Es que los nidos están altos. Muchos en las cúpulas de las iglesias. Hay que volar y no arrastrarse para llegar á ellos. Sólo los pájaros y los ángeles tienen alas.

SAN. ¿Entonces son imposibles para los hombres?

CRIS. No. Cuando los hombres se confían á Dios, los ángeles les velan y guían.

MOR. En todas partes hay nidos.

CRIS. Las aves vuelan hacia arriba.

MOR. Sí... tanto... que á veces se queda el nido abajo... ¡Muy abajo!

ESCENA X

DICHOS. IRIONDO, segundo derecha

IRION. ¡Toda la familia! Este es día de repicar gordo. ¿Cómo vamos, doña Cristina?

CRIS. Vamos bien, Iriondo.

IRION. Hola, Pepita. ¡Qué guapetona y resalada!

PEP. Muchas gracias, Capi.

IRION. Pareces una goleta con todo el trapo al viento. Si yo fuera mozo, te iba á decir cosas muy dulces... Buenos días, don Fermín. ¿Cómo van esos amoríos?

URQ. ¿Qué?

IRION. Los de la costurera..

URQ. No entiendo.

CRIS. ¡Iriondo! (Reconviniéndole.)

URQ. Esas son calumnias de la gente baja.

IRION. ¿Cómo calumnias? ¿Pues no tiene usted dos chicos con ella?

CRIS. ¡Iriondo! (Más agria.)

IRION. Señ ra. . No creí misterio...

MOR. (Para cortar la conversación de Iriondo.) ¿Despachaste eso ya?

IRION. A las seis saldrá el buque. Lleva sobrecarga como todos. Con este van cinco en la semana y faltan dos todavía... dos de cinco mil toneladas. Va á quedar carga para otros dos lo menos.

PEP. Capi, ¿no nos cuentas hoy ninguna historia de tus viajes?

CRIS. ¡No, por Dios! Todas las suyas son del color del campo en primavera.

IRION. Tan bién las sé morales. He corrido tanto que he visto de todo. Y por complacer á Pepita... Aun me acuerdo cuando de chiquitina venías á gritarme al despacho: «Güéntame un güento.» (Ceceando como los niños.) Pues señor... En un viaje que hice á Zanzibar, conocí á un reyezuelo que tenía en su harem quince negras, diez mulatas, ocho moras y seis...

CRIS. ¡Basta! ¿Era ese el cuento moral? Pues si no llega á serlo...

IRION. Lo moral está en que á instancias de un misionero, el reyezuelo se casó con una y recluyó las otras en un monasterio que fundó allí mismo.

CRIS. ¡Ah! Eso es otra coca.

IRION. Como los cuentos no se pueden comenzar por el fin... (Aparte á Morueta.) Si llego á decir que luego el misionero hizo del monasterio su harem, me echa tu mujer de casa.

ESCENA XI

DICHOS, GOICOECHEA y ARESTI

GOIC. Ya estamos de vuelta.
ARESTI ¿Se nos esperaba?
CRIS. Muy impacientes.
ARESTI Fuí por tí.
CRIS. Gracias. ¿Y qué tal el pobrecito Padre?
ARESTI No sufre nada.
CRIS. ¿Cómo? ¿Lo has curado ya?
ARESTI Se lo ha llevado Dios.
CRIS. ¡Pobrecito!
ARESTI Mujer, yo creo que ha ganado mucho. ¿Aspiraba á más que al cielo? Adiós, Pepita. (Acercándose á ella.) Te deseo para el año próximo un marido guapo. ¡Que no sea un seminarista hipocritón, sino un hombre... un hombre de verdad! Sino el matrimonio es lo más aburrido...
CRIS. (Suplicante.) ¡Luis!
PEP. Muchas gracias, tío.
URQ. Aunque no quiera usted saludarme...
ARESTI ¿Por qué?
URQ. Deberían ofenderme sus palabras, y sin embargo... le perdono.
ARESTI ¿Se creyó usted aludido?
CRIS. Cuéntanos algo de tu destierro.
ARESTI ¡Bah! Siguen por allá todos tan famosos y tan brutos. Allí no hay clases intermedias. Explotadores y explotados. Los unos expriminendo el juego á los otros y los otros pensando en hacer jigote á los unos en cuanto estalle la revolución. ¡Que no estalla! ¡Buena gente!
URQ. ¿Buenos y revolucionarios? ¡Niego en absoluto!
CRIS. ¡Niega! (Con aplomo, fiada en la suficiencia de Urquiola.)
ARESTI Por mí aunque reniegue.
URQ. Yo no soy de los que odian al pueblo, pero el pueblo para mí es el sencillo aldeano que

cree en Dios y vive resignado con su miseria, porque sabe que cuanta más hambre padezca aquí, allí (Por el cielo.) será más harto. Hay que distinguir entre el pueblo y la canalla. Esa canalla que delira soñando repartos, y vive corrompida y sin fe, odiando á los ricos, á los nobles, á los sacerdotes, á cuanto constituye base social firmísima. Por suerte no nace aquí esa epidemia. Son maketos. Gente extraña que viene de fuera á invadir esta santa región.

GOIC. ¡Muy bien, señor de Urquiola! (Entusiasmado)

URQ. ¡Son pillería... nada más que pillería!

CRIS. ¡Perfectamente dicho!

ARESTI Pues esa pillería venida de... España; ese rebaño maketo pecador, es el que trabaja y ha hecho rica y próspera esta tierra destrozando sus cuerpos en las minas, arrancando el hierro que se trueca en oro. Los buenos, los del país, no hacemos sino aprovecharnos de haber nacido aquí antes que ellos llegasen. Son como los negros que se llevaron á América para enriquecer á los blancos. Sólo que no pudiendo sacudirles con el látigo, les pagamos el sacrificio de su sangre con malas palabras.

URQ. ¡Pero si son incapaces de regeneración! Si no saben ahorrar, único medio de salir de su esclavitud.

ARESTI ¿Ahorrar? Creí que sabía usted que eso no es una virtud.

GOIC. ¡Don Luis!

ARESTI ¡No es una virtud cristiana! Es, por el contrario, la negación de la mayor virtud. ¡La negación de la caridad! Y si lo fuera, ¿cómo ahorrar con un jornal insuficiente á las necesidades del obrero y restado por la explotación?

MOR. Dispensa, Luis... No estoy conforme... El obrero en España es víctima de su imprevisión. En otros países se forma su pequeño capital para la vejez.

ARESTI ¡Monsergas! En otros países sucede lo que aquí. Los progresos acaparados por el capi-

tal les cierran el camino. Por mucho que un trabajador tuyo ahorre céntimo á céntimo, ¿llegará á ser accionista de tus minas y fundiciones? ¿Podrá adquirir el material necesario para la explotación por su cuenta? En otros tiempos... cuando el trabajo era rudimentario... podría aspirar á ser patrono de sí mismo, convirtiendo su casa en taller propio. ¿Pero ahora? La máquina le arruinará en la competencia. Nunca trabajará un hombre lo que una máquina. ¡Y esas no se regalan!

URQ. ¡Cogite! (Con aire de triunfador.)

ARESTI ¿Eh?

URQ. Este doctor dice á veces verdades como puños. ¿De modo que reconoce usted las ventajas de los tiempos pasados sobre los presentes? Luego es preciso volver atrás. Refugiarnos en aquellas costumbres y creencias, abandonando ese decantado progreso, condenando esa maldecida ciencia, que tales trastornos ocasiona.

CRIS. ¿Qué dices á eso? (A Aresti.)

ARESTI Que es una solemne majadería.

CRIS. ¡Luis!

ARESTI ¡Suprimir el progreso por que trae complicaciones! Es como suprimir los ferrocarriles porque ocurren descarrilamientos.

URQ. No es en el progreso material, sino en el mal llamado moral, donde está el daño. No hay fe. Y la fe es lo único que puede salvar esta sociedad que se desmorona.

ARESTI Otra se levantará sobre sus cimientos. ¡La fe! Hay muchas fes... La religiosa, que hace los mártires... la de la ciencia, que hace los sabios... la de la gloria, que hace los héroes. ¡Ustedes no tienen ninguna!

URQ. Pues yo daría por mis ideas hasta la última gota de mi sangre. ¡El Señor vertió la suya por nosotros!

ARESTI Créame usted, joven... Si Jesucristo llega á presumir que su ejercicio de Profeta daba origen á que ustedes fueran como son, sigue de carpintero toda su vida. Subió á la Cruz

por algo más hermoso... más grande... más bello... ¡Por amor á la humanidad!

URQ. ¡Ustedes no le entienden!

ARESTI ¡Ustedes le falsifican!

URQ. ¡Peleamos por él!

ARESTI Pues, ¡sus! ¡á la montaña!

MOR. No, hombre, no. ¡A la mesa! ¡A la mesa! Pareceis dos hojalateros en competencia... Dá el brazo á Cristina, Luis. Fernandito, el tuyo á Pepita. Ven acá, Capi.

IRION. Permite... El señor Urquiola...

MOR. Ese va perfectamente con Goicoechea. ¡Dios los junta! (Cómicamente grave.)

ARESTI ¡Pero ellos... no se entienden! (Vanse.)

URQ. ¿Vamos?... ¡Ya se domará la fiera!

GOIC. Usted tiene razón. ¡Duro y á ellos! ¿Somos ó no somos? Lo nuestro para nosotros.

MOR. Hablemos ahora de tus grandes viajes... Decías que en Zanzíbar... (Le echa el brazo por encima del hombro. Vanse mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Terraza del Hotel. La fachada posterior del Hotel mismo forma el muro derecho de la escena. En el fondo la barandilla de la terraza; detrás el jardín, naturalmente más bajo que la escena. En los últimos términos de la izquierda escalinata que conduce al jardín. Los personajes bajan y suben realmente por ella. En los primeros términos izquierda y en la escalinata, jarrones con palmeras, ficus, etcétera. Mesitas, veladores, sillas, mecedoras, etc. Todo elegante y rico.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CRISTINA, PEPITA, MORUETA, ARESTI, SANABRE, GOICOECHEA, URQUIOLA, IRIONDO. Toman café que sirve Pepita

IRION. ¡Vaya un moka superior! Sólo lo he tomado como éste en la Habana.

ARESTI Y servido por mi encantadora sobrina, sabe mejor.

PEP. Eres muy galante, tío.

CRIS. Agradabilísimo... en no tratando ciertas cuestiones. Todavía me acuerdo de cuando al regresar de París me daba lecciones de elegancia. Tiene buen gusto.

ARESTI Pues procedía de... Vean ustedes una cosa rarísima. Las grandes damas se ufanan imitando en el modo de vestir, y de llevar el vestido, á las grandes *cocotts*.

CRIS. ¡Por Dios, no digas eso!

ARESTI Sí dan el tono... Que lo diga Urquiola.

URQ. Yo no he estado en París.

ARESTI No está usted entonces europeizado. De allí viene todo lo *original.* Hasta la mayor parte de las comedias españolas.

PEP. Anda, tiíto. Acábanos de contar aquel banquete de los ricachos de las minas. ¡Tiene mucha gracia! ¡Lavarse la cara y las manos con Champagne!

MOR. Si tanto te interesan sus costumbres, ¿por qué no te vas á Gallarta una temporadita?

IRION. Serías para los mineros otra Virgen de Begoña.

URQ. Animo... Y me voy con usted en calidad de guardián.

ARESTI Allí no se admiten... Urquiolas.

URQ. ¿Y sí médicos descreídos?

ARESTI Curamos.

URQ. Nosotros también. Somos médicos del espíritu.

ARESTI Aquella gente, en punto á espíritu, no necesita más que veterinarios.

CRIS. ¿Pero vais á amargarnos la digestión?

IRION. Y que es preciso buena digestión tras de tan suculento banquete. He comido como un buitre.

ARESTI Capi, ¡que insultas á los buitres! No hay animal... tan animal como el hombre... Como allá donde yo vivo todo sirve de pretexto para arriesgar la fortuna ganada á manos llenas, se apuesta fácilmente. Es una variación del juego. Hace pocas semanas se cruzaron muchos miles de duros... ¡No adivinaréis por qué! Se trataba de averiguar quién podría tragarse más sopas en leche, si los galgos enjutos é insaciables de un cazador impenitente ó los barrenadores de un contratista, mocetones fornidos de Castilla, de estómago sin fondo, que nunca creen llegado el momento de levantarse de la mesa. Toda la gente desocupada del distrito acudió á presenciar el espectáculo. Se depositaban á puñados los billetes de á mil... Unos por los perros... otros por los hombres...

Mientras arriba, en las canteras, estallaban los barrenos y el rebaño miserable de los peones se encorvaba con el pico en alto ante las rojas trincheras.

IRION. ¡Apuesta original!

MOR. Sigue el relato.

ARESTI Las sopas de leche se servían en cubos. Los galgos, en un momento, ¡zas! ¡zas! Se las tragaban lo mismo que si echasen cartas á un buzón. Los jayanes comían lentamente... sin mostrar prisa. Duró el pugilato varias horas.

PEP. ¿Y quién ganó al fin?

SAN. Los perros... De seguro, los perros.

ARESTI Ganaron los hombres.

IRION. ¡Qué estómago!

ARESTI El que apostaba por ellos me dijo después con su filosofía de palurdo: «Estaba bien seguro de mis muchachos: el animal cuando ve satisfecho su apetito, no quiere más; pero el hombre, como tiene amor propio, por no rendirse, sigue comiendo hasta que reviente.

MOR. ¡Bárbaros!

ARESTI Y no se equivocaba. Dos de ellos me dieron mucho que hacer y otros dos fueron acompañados por el cura de la burra blanca hasta el cementerio.

CRIS. ¡Qué final más triste!... Basta de cuentos. Me pongo nerviosa... Y luego no tengo tranquilidad para la junta...

ARESTI Primo... ¿Pero te representa Cristina en las juntas de accionistas?

PEP. ¡Si mamá se refiere á la Junta de damas del Sagrado Corazón!

ARESTI ¿Y qué hacen ustedes una vez juntas?

PEP. Obras de caridad... Esta tarde nos reunimos para discutir si conviene ó no hacer una romería á Begoña.

IRION. Pues yo les sacaré á ustedes de la duda. No conviene.

URQ. ¡Sí conviene!

ARESTI Usted razona cómo se cubren las vacantes en los destinos del Estado... ¡Por oposición!

URQ. Doña Cristina es de mi parecer.

ARESTI Adoremos al Santo por la peana. (Medio murmurando.) ¿Y tú, Fernandito, no dices nada?

MOR. Piensa en nuevos hornos y novísimos adelantos que me beneficien. ¿No es verdad?

ARESTI Sin que me lo jure creo que, en efecto, piensa en algo que se relaciona contigo.

IRION. Terminado el café... Señores: son las cuatro y media, á las seis sale el vapor que tengo á la carga. Me voy á despacharlo.

ARESTI A tu elemento, pez.

IRION Mira, Planeta... Déjame antes que brinde por mi principal.

PEP. ¿Con qué quieres brindar, Capi, con cognac ó con anisete?

IRION. Con el más fuerte.

PEP. No sé cuál es.

IRION. Echa en esta copa de los dos y ya veremos el que vence.

ARESTI ¡Que brinde en verso!

IRION. Antes me iba á pique... Salud para que otro año nos volvamos á ver todos y que siga soplando el mismo viento y no vire de babor la buena suerte. (Por Pepita.) Que esta corbeta eche el ancla. (Por Aresti.) Y que este balandro no se vaya á fondo.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!

GOIC. Yo también. Con permiso de don José.

ARESTI ¿También va usted á brindar? ¡Oremus!

GOIC. No, señor Yo no tengo luces.

ARESTI Por eso debía usted alumbrarse. Echale otra mezclita al Secretario.

GOIC. Gracias. Anisete, anisete sólo.

ARESTI Cognac.

PEP. (Sirviendo cognac.) ¿Así?

GOIC. Mucho es, pero... A la salud de mi principal, cuya vida...

ARESTI ¡Guarde Dios muchos años!

GOIC. ¡Amén! El Señor le conserve bueno y feliz, en la compañía...

ARESTI ¿De Jesús?

GOIC. De su respetable familia.

ARESTI Sublime. Ahora á beber la copa de un trago. ¡Hurra! (Le quita el vaso de agua mientras bebe.)

GOIC. (Abrasándose) ¡Ah! ¡Ah!...

ARESTI Diga usted, Goicoechea, ¿cognac, se escriba con c ó con k? ¡Pero no llore usted por eso!

GOIC. ¡Agua! (Al fin pesca un vaso que bebe apresuradamente.)

TODOS ¡Já, já, já! (Riendo.)

GOIC. (Corrido.) Buenas tardes, señores. Voy á dar la última vuelta al despacho. (Aparte.) ¡Caracoles con la bromita! (Mutis derecha.)

ARESTI ¡Adiós, ex-sargento! (Todos ríen con animación.)

IRION. Hasta la noche ¿eh?

PEP. Te voy á acompañar, Capi.

IRION. Gracias, chiquita. Repito.. Felicidades.

CRIS. Adiós, Iriondo.

MOR. ¡Adiós! (Salen Iriondo y Pepita.)

ESCENA II

CRISTINA, MORUETA, URQUIOLA, SANABRE y ARESTI

CRIS. (A Aresti.) Eres cruel con el infeliz Goicoechea, que es un bendito. Yo le estimo de veras. Me lo recomendó con tanto interés el Padre Pauli..

ARESTI Debió ser furriel de su compañía.

URQ ¿Usted no conoce al Padre Pauli?

MOR. No. Luis no conoce á ningún Padre.

ARESTI ¡No conocí al mío!

SAN ¿No?

ARESTI Me sirvió de tal el padre de Pepe. El mismo Pepe ha ejercido el cargo después.

SAN. El mío murió siendo yo un niño.

CRIS. Es el cariño mayor que existe. Sólo á Dios se le puede querer mas.

ESCENA III

DICHOS y PEPITA

PEP. Mamá. Acaban de llegar las de Lizamendi.

ARESTI ¡Doble derecha! (Para marcharse.)

CRIS. No te vayas. Iremos á hacerles mi hija y yo la visita.

PEP. Nora las hizo pasar al salón.

CRIS. Vamos allá. Te quedarás con ellas si no se han ido á la hora de la junta. Yo no puedo faltar.

URQ. Voy también á saludarlas. Esa pobrecita Antonieta... ¡Me da una compasión! (Mirando con intención á Aresti. Este le mira iracundo y, al fin, le vuelve la espalda exclamando:)

ARESTI ¡Necio!

SAN. (Rápido á Pepita.) ¿Va usted?

PEP. (A Sanabre. Es preciso. Volveré. Adiós.

CRIS. Ahora venimos.

MOR. Esperamos aquí. (Mutis Cristina, Pepita y Urquiola.)

ESCENA IV

ARESTI, SANABRE y MORUETA

ARESTI He necesitado de toda mi calma para no cruzarle el rostro á ese bergante

SAN. Yo también he tenido que contenerme.

MOR. No sé por qué lo recibe Cristina. Los parientes así dejan de serlo.

ARESTI Pepe... para tu mujer Urquiola .. hombre de abolengo vasco, valdrá siempre, por zascandil y necio que sea, más que yo, *maketo* de origen.

MOR. Es más que necio. Porque dicen que se asemeja algo al Pretendiente, ha hecho correr una historia de amoríos durante la campaña. Ni la honra de su madre ha respetado, por la vanidad de que sospechen que corre por sus venas sangre real.

ARESTI ¡Víbora!

MOR. ¿Qué sucede, Pepita? (Viéndola salir.)

ESCENA V

DICHOS y PEPITA

PEP. Capi te llama al teléfono.

MOR. Que contesten.

PEP. Has de ser tú. La comunicación es con Madrid. Asunto urgente y reservado.

MOR. (Extrañado y con turbación.) ¿De Madrid dices?

PEP. Sí, papá. Sin duda negocios...

MOR. Voy, voy. Tienes razón, hija mía. Dispensadme un momento. (Mutis Morueta y Pepita.)

ESCENA VI

ARESTI y SANABRE

ARESTI Ahora que estamos sólos, Fernandito, ¿cómo van esos amores?

SAN. Don Luis, si le he dicho á usted que yo. .

ARESTI Mira, ingenierete, conmigo se juega á cartas vistas. ¡Lo sé todo! Vaya por descubierta para que aprendas á ser franco. El Capi, que es hombre que ve, oye y saca consecuencias, me ha dicho que estás loco por Pepita. ¿Cuando piensas ser mi sobrino?

SAN. Yo creí que nadie había sospechado...

ARESTI Todos sois lo mismo. Cuenta, cuenta; de mi voto dispones... ¿Cómo fué ello?

SAN. Una tarde, don Luis... Es la única vez que he estado ebrio... Ebrio de sol, de luz, de cielo... ¡Qué cadencia tan tierna! ¡Qué sonido tan argentino y puro, el de aquel *sí* pronunciado por sus labios! Lo suspiró muy quedo y llegó hasta el fondo de mi corazón retumbando como un cañonazo... agitándole con una alegría loca. ¡Aquella tarde fuí tan dichoso que hubiera deseado ver á todo el mundo feliz en torno mío!

ARESTI Es tu primera novia, ¿verdad?

SAN. Sí, señor. La he conocido jugando en los jardines con la falda corta y la trenza sobre la espalda. La he visto crecer, formarse, redondear sus contornos con el beso de la adolescencia. No ha sido impresión repentina. Ha ido entrando lentamente en mi alma y hoy... ¡hoy la llena por completo!

ARESTI Todos hemos pasado por ese sarampión de la juventud. Un signo de fuerza y de vida.

El que no lo sufre nació muerto por dentro. Sigue. Ama

SAN. ¡Eternamente!

ARESTI No hay nada eterno. El hombre no lo es. Pero no importa que lo creas.

SAN. Sólo tengo una duda... un temor... casi un remordimiento.

ARESTI ¿Cual?

SAN. ¿Qué dirá mi jefe cuando se entere? ¿No pensará que he abusado de su amistad y confianza?

ARESTI Pepe no piensa tonterías.

SAN. ¿Y las gentes? ¿Qué dirán al saber que el pobre ingeniero puso sus ojos en la hija del millonario?

ARESTI No te preocupe eso. Contra el estúpido ¿«Qué dirán?» está el cómodo «¿Qué se me da á mí?» No aceptes para tus actos más juez que tu conciencia.

SAN. Don Luis... Pueden pensar que soy un aventurero que intenta apoderarse de una inmensa fortuna por medio de una comedia de amor. Esto me entristece. Yo quiero á Pepita... porque sí. ¿Hay quien sepa definir por qué se quiere? Desearía que fuese pobre para que al unirnos me agradeciese sobre mi amor mi trabajo. ¡Una cosa que ella no sabe lo que vale! Pero usted me cree, ¿verdad que me cree?

ARESTI Sí, muchacho, sí. Yo creo en el amor, en, con, por, sin y sobre el dinero. Tú eres de otra raza. Vienes de allá... del sur, de un país de sol de fuego y cielo de zafiro, donde la dulzura de la vida hace pensar poco en la riqueza. Allí se mata por amor y por amor se muere. Allí se ama tanto, ¡tanto! que á veces se da de puñaladas á la mujer amada para arrancarse los cabellos ante su cadáver. Sois más vehementes. Más complicados que los de aquí... Te auguro grandes dificultades. Yo no sé cómo acabará esto, pero de fijo no acaba bien.

SAN. Sólo temo á mi principal.

ARESTI Es lo menos temible.

SAN. Se indignará con razón. Yo no soy nadie.

ARESTI Eres un hombre. De otros has de guardarte.

SAN. ¿Acaso de...?

ARESTI De mi prima. De la antipáticamente virtuosa doña Cristina. Para ella no hay más que dos cualidades. Una gran fortuna ó un nombre histórico relacionado con las glorias del país vasco y de la religión...¿Tienes algún pariente canonizado? Era el agarradero. Además has de habértelas con Fermin Urquiola.

SAN. ¿Ese? (Con desprecio.)

ARESTI Tras de la chica va, no sé si por propia voluntad ó empujado por la madre.

SAN. A ese sí que no le temo.

ARESTI No sabes el terreno que pisas. Si allá en la Residencia se ha acordado... ¡será!

SAN. ¡No sera!

ARESTI Olvidas que ejercen la más absurda de las fascinaciones.. La más implacable de las tiranías. ¡Nos roban sus almas, Fernando!... Y sólo nos dejan estatuas de carne. Una carne muerta.

SAN. A Pepita le inspira aversión.

ARESTI ¿Estás seguro de esa antipatía?

SAN. Sí.

ARESTI Tal vez me equivoque. Pero de los dos apostaría á que eres tú el que quiere más. Sois de distinta raza, Fernando. Este es un país donde la sombra de los conventos ha helado los corazones. Aquí nunca se ha visto una muchacha que se escape con su novio.

SAN. Tengo pruebas de su cariño. (Con seguridad de triunfador.)

ARESTI ¿Pruebas?

SAN. Sus cartas. Esas cartas de color de rosa en que me jura ser mía hasta la muerte. Quererme más que á su vida.

ARESTI (Pudiendo apenas contener la risa al ver la solidez de las «pruebas».) Si es asi... ¡Animo, sobrino! Muchas cosas pelean en contra tuya...

SAN. Una grave. Ser pobre.

ARESTI Sí... Es grave... ¿Pero para qué son aquí ricos? En fin, poco vale mi auxilio, pero te lo ofrezco de buena voluntad.

SAN. Gracias. Piense usted que Pepita es la única luz que veo entre esta triste neblina perpetua en Bilbao... Esto es muy hermoso... pero falta algo.

ARESTI Falta... la alegría.

SAN. Oigo á don José.

ARESTI Pues lárgate al jardín y espera. Pepita ha de salir... Yo me llevaré á su padre, y no os estorbaremos.

SAN. Gracias, don Luis; es usted un buen amigo.

ARESTI Que sabe que trata con un buen caballero.

SAN. Hasta ahora. (Se dan la mano. Mutis Sanabre.)

ARESTI Malos enemigos tienes, pobre muchacho. En tu mollera de poeta no cabe la idea de estos corazones tan mezquinos... ¡Te vencerán!

ESCENA VII

ARESTI, CRISTINA, URQUIOLA

CRIS. ¿Te han dejado solo?

ARESTI Sí... Pepe ha ido al teléfono.

CRIS. Está ahí la pobre Antonieta. ¿Por qué no entras y te reconcilias?

ARESTI ¡Yo? No hablemos de eso, Cristina. ¿Vas á salir?

URQ. Vamos á la Junta de damas.

ARESTI ¿Va usted en clase de dama también?

CRIS. Va en representación del Padre Pauli.

URQ. Solamente á dar algunas instrucciones y por acompañar á mi querida tía... Luego he de ver al Padre. (A Cristina.) Para recomendar su asunto. (Bajando la voz.) Quiero hablarle de Pepita.

CRIS. Bueno. No me parece mal. ¿Vamos? Por el jardín llegamos antes.

ARESTI ¡A tus pies, querida prima!

URQ. Beso á usted la mano.

ESCENA VIII

ARESTI y MORUETA

MOR. Ya terminé... ¡Y qué ganas tenía de pescarte para mí!

ARESTI Vamos... desembucha. Ya sé que soy tu confesor, y que si callas con todos es por hacer acopio de palabras para mí. ¿Qué te te pasa? Aquí tienes al médico de tu espíritu, como decía antes Urquiola.

MOR. Nada me ocurre de extraordinario. No tengo deseos ni aspiraciones... Me fastidio de no esperar nada, con el bostezo de la satisfacción. Las ambiciones de mi vida se han realizado.

ARESTI Entonces eres infeliz, porque nada te falta... Porque posees todo lo que los hombres creen que les puede hacer dichosos.

MOR. Sí.. Poseo la felicidad... aparente. Ni aun puedo hablar de mi tristeza, porque me creerían loco... ¡Pero tú, Luis, conoces las rarezas de la vida! A tí te lo puedo decir... Lo tengo todo: sólo me falta.. ¡Alegría!

ARESTI ¿Pero... y tu mujer?

MOR. ¡Yo no tengo mujer!

ARESTI ¡Pepe!

MOR. Solo tengo una patrona virtuosa y santa, que cuida de mi vida material, y hasta siente inquietud si me ve enfermo. Soy el huesped que mantiene la casa y al que hay que guardar consideraciones. No finjas ignorancia, Luis... Hace tiempo que adivinas cómo vivo. Tú con tu pobreza y yo con mi fortuna, estamos los dos iguales. Lo has dicho mil veces. En esta tierra hemos oído hablar de algo que se llama amor, pero por aquí no ha pasado.

ARESTI Cristina es honrada... Virtuosa.

MOR. Mucho. Pero para mí como si no existiera. ¡Ay, Luis, estoy solo! Yo creo que la vida debe ser otra cosa.

ARESTI ¿No tienes á tu hija? ¿No la quieres?

MOR. Es carne de mi carne... Unico recuerdo de mi pasión por mi mujer. El cariño á Pepita es lo único que mantiene las apariencias de paz en esta casa... Ella me quiere.. á su modo... Me mima... me agasaja.. Pero también á su lado me encuentro solo. Parece que no somos de la misma familia... No sé explicarme, Luis... Tal vez estoy loco, pero jamás siento con ellas este abandono... esta confianza que tú me inspiras.

ARESTI Es la historia de muchos poderosos de la tierra. Viven rodeados de todos los goces del bienestar, pero en absoluta pobreza de afectos. Los matrimonios son vulgares asociaciones para tener hijos que hereden. Marido y mujer viven en aislamiento moral. Ella dándose á la devoción. El buscando fuera de casa, comprado, lo que dentro deberían regalarle. El nido pincha por todas partes; pero las consideraciones sociales impiden alzar el vuelo. ¡Hay que cantar en la misma rama! ¡Y qué mal canta el que llora!

MOR. La vida...

ARESTI ¡Es amor!

MOR. ¡Eso es!... Lo que á nosotros nos faltaba. Yo lo he buscado donde lo había.

ARESTI ¿Tú?

MOR. Luis... Necesito decírtelo todo. Soy como dices... La alegría de vivir no entraba en mi casa... Cristina la cerró puertas y ventanas... Yo la ví por las rendijas y me lancé á ella... No es un enredo vulgar... Es una pasión que endulza mi ocaso. Que me hace soñar y sentir á los cincuenta como á otros á los veinte...

ARESTI No se tienen veinte años dos veces... ¿De modo que amas? ¡Dichoso tú!

MOR. Verás... La conocí en Biarritz... Era... una vendedora de amor... En plena juventud... Se llama Judith.

ARESTI ¡Una aventurera!

MOR. Una mujer hermosa... Comenzó en aventura galante... Eso sí... pero las relaciones se fue-

ron estrechando. Tiene en sus ojos algo que que me produce el mareo de la embriaguez. ¿Será el encanto del fruto prohibido? Cuando me considero culpable y pienso en mi familia.. en mi reputación de hombre serio... ¡me siento más fuerte! El remordimiento es una manifestación de vida que me saca del letargo de mi cuotidiana existencia.

ARESTI ¿Pero está aquí... en Bilbao?

MOR. No... ¿Estás loco? En esta villa hipócrita se tolera el amancebamiento con mujerzuelas, pero no se transige con la *cocotte*. Su distinción ofende á nuestras damas honestísimas... que ven en ella una temible rival. La *cocotte* se ríe... Y este es un país de murciélagos á los que espantan las carcajadas.

ARESTI ¿Y cómo la ves?

MOR. Está en Madrid... Voy allí con frecuencia pretextando negocios... Cuando no... me escribe... Unas cartas cuyos sobres largos me salen al encuentro en mi mesa de despacho perfumando toda mi enojosa correspondencia comercial... unas cartas... con palabras de todos los idiomas y ortografía de ninguno, que quiebran por unos instantes la monotonía sin accidentes de mi labor de millonario... Me llama: *Mon gros loup cheri*... ó *mon petit cocó*... ¿Es ridículo, verdad? Pues ello hace renacer en mi alma flores de juventud. ¡Es el amor, Luis! Nada como él alegra á los hombres.

ARESTI Pasajeramente, Pepe. En el fondo todo ese amor es tristeza... desaliento... fatiga... Aun dando por supuesto que amas tú... ¿Y ella?

MOR. ¡Judith! Estoy seguro... No es que yo pueda inspirar una pasión á mis años... Pero ella, cansada de su antigua vida, se ha refugiado en mis brazos y me ama con un amor que tiene algo de gratitud... Esto me basta. Además... hay un lazo que nos une... Que afirma el idilio... Sólo á tí puedo confesártelo Luis... ¡Tengo un hijo!

ARESTI ¿Un hijo?

MOR. Un niño encantador... De tres años... que

comienza á balbucear deliciosamente. «El papá de Bilbao.» ¡Mi hijo! No lleva mi nombre... no puedo públicamente confesar que soy su padre, pero pienso en él... Espero que crezca. Ya vendrá á mi lado... Yo haré por él cuanto pueda. ¡Y puedo mucho!

ARESTI ¡Un hijo del amor! Son los más hermosos

MOR. ¡Un verdadero hijo del amor!... Parece un bebé de porcelana... Pero dime algo, Luis... ¿Qué opinas de esto?

ARESTI No sé... No debo hablar de tus amores... ilícitos... Si te proporcionan cierta felicidad haces bien en continuarlos... Hay que iluminar con tonos brillantes los contornos grises de la existencia.. Si esa mujer te ama.. bien... Si no te ama .. lo mismo... Lo que importa es que te creas amado... que conserves la ilusión... ¡La mayor desgracia es abrir los ojos!

MOR. Te digo que me quiere. ¿Por qué había de fingir? En los primeros tiempos me creía hombre de escasa fortuna. Tardó mucho en saber que era yo Sánchez Morueta.

ARESTI ¿Qué la importaba? Un jugador en día de suerte ó un artista en día de éxito... son dos mendigos del día siguiente, que no valen, ni derrochan, ni viven el placer, menos que los banqueros á diario. Su alegría es más breve, pero también más brillante. De todos modos, celebro tu optimismo.. Yo no entro ni salgo en el asunto... A ser feliz, puesto que tienes voluntad de serlo... Lo que me preocupa en tí son los infortunios domésticos... La soledad en que vives dentro de tu casa y en medio de tu familia...

MOR. ¿Y tú?

ARESTI Estoy más sólo... es verdad... No quise buscar la dicha como un malhechor la fortuna: entre las sombras. Preferí volver á la triste existencia solteril, amargado por la imposibilidad de buscar honrada y públicamente nueva compañera de la vida.

MOR. Pues yo no estoy arrepentido... Tengo dere-

cho á ser feliz... y la felicidad se toma donde se encuentra.

ARESTI Yo no pude defenderme... Tú has abandonado el campo sin lucha. ¿Cómo has dejado que lentamente se apoderasen de una mujer que era tuya, y á la que amabas? Te quejas de que ya no es tu esposa.. ¡Si en tus propias barbas la han cortejado robándotela!

MOR. ¡Luis!

ARESTI Si piensas en vengarte alguna vez... vé en busca del confesor.

MOR. (Sonriendo con desdén) ¡Bah! ¡Los jesuitas! ¡Ya salió el tema! No diré que sean simpáticos.. Ya sabes que no les tengo la mejor voluntad... Estuve en el sitio de Bilbao, entre los auxiliares, y tomaría de nuevo el fusil si resurgiesen los carlistas... ¡No consiento dominaciones absurdas! Pero, ¿aún crees tú, inocente, en esa leyenda de los jesuitas tenebrosos?..

ARESTI No sigas. Adivino todo lo que piensas. ¡Soy un cursi! Conozco la frase. Es cursi hablar de esa gente afirmando que constituyen un peligro... Lo distinguido, lo intelectual, lo modernísimo es creer á ojos cerrados en la ciencia infusa y la habilidad inconsciente de cualquier patán con sotana, que aguza no el entendimiento sino la astucia, chismorreando sobre vidas ajenas que se le acusan desnudas de pudor. ¡Oh, que gran maravilla que conociendo nuestras debilidades todas las aprovechen en beneficio propio!

MOR. Yo me río de esas cosas... Reconocerás conmigo que el odio al jesuita es un poco anticuado... Solo aquellos progresistas cándidos y ridículamente heroicos, de otros tiempos, podían ver la mano de la compañía en todas partes y creer en sus venenos y puñales...

ARESTI Yo no creo majaderías.

MOR. ¡Sus terribles vendettas! (Irónico.)

ARESTI Eso de venganzas... Ya es otra cosa... En cuanto á su tenebroso poderío... la prueba

de que no doy fe á la paparrucha, es que me puse fuera de su alcance saliendo de una casa que dominaban y nada pueden contra mí. Nada valen aislados. Son como los microbios; cada uno de ellos es despreciable y muchos juntos producen mortífera epidemia. Su poder se cimenta en el auxilio de los tontos... que avanzan en su busca diciéndoles: «Dominadnos en la tierra y regaladnos el cielo.» Un cielo del que no dan más garantía que su palabra.

MOR. A mí no me preocupan.

ARESTI Deberían preocuparte. Estás en el círculo de su influencia... Te tienen al alcance de la mano por medio de tu familia... Ahora no los tratas... Pero sueñan con dominarte. ¡Apenas si es mal bocado el millonario Sánchez Morueta!

MOR. Dominan... ¡Allí donde les dejan entrar! Yo estoy libre de ellos. A mi casa no vienen.

ARESTI ¿Para qué si están dentro? ¿A quién buscarían? ¿A tu mujer y á tu hija? ¡Ya les ahorras tú el camino enviándoselas!

MOR. ¡Ni entran ni entrarán! Ya conoces mi carácter.

ARESTI ¿Conoces «La Intrusa» de Maeterlincke?

MOR Leo poco.

ARESTI Es un drama francés... extraño, sombrío, lúgubre. Una familia en torno á una mesa en la penumbra, fuera del círculo de luz que reduce y concentra una pantalla verde... En la alcoba inmediata una enferma que agoniza... Fuera de la casa... á lo lejos se oye el afilar de una guadaña, rasgando su chirrido con un escalofrío de terror, el misterioso silencio de la noche... Alguien debe haber entrado en el jardín... Se asoman... Nada ven... Los cisnes graznan asustados en el estanque... los peces despiertan en el tazón de la fuente agitándose temblorosos... las flores caen deshojadas... la arena cruge como si la pisase planta de inmensa pesadumbre... ¡Y á nadie se le ve! Suena rumor de pasos en la escalinata... la puerta se entreabre, á

pesar de que ni el viento sopla ni mano alguna la empuja... La noche misma parece haber enmudecido, espantada... La familia intenta cerrar... No puede... como si tropezara con la resistencia de un cuerpo invisible... con alguien que asoma y se detiene indeciso para orientarse... El ser sin forma avanza, se adivinan sus pasos sobre la alfombra... presienten todos que algo pasa ante la lámpara verde... Una sombra fugaz. ¿De quién? El tapiz de la puerta de la alcoba se ha movido... ¡Está dentro la sombra! Se oye un gemido.. Corre la familia al lecho de la enferma. ¡Ha muerto!

MOR. ¡La muerte!... (Un poco sobrecogido. Supersticioso.)

ARESTI Fué la que llegó atravesando los obstáculos todos... La que hizo sentir su presencia cuando nadie podía evitar que llegase. ¡La intrusa!

MOR. ¡La intrusa!

ARESTI En tu casa... hay algo de eso. Hace tiempo que llegó á tu alcoba... Huistes de ella... pero en la casa está y el intruso te vigila. Sus ojos son ese secretario que bloquea la administración de tus negocios. Sus manos, son tu hija y tu mujer mismas... Ellas te estrecharán aprovechando un instante de flaqueza y desaliento, para arrojarte en brazos *del intruso*, que te brindará consuelo. ¡Blasonas de libre y estás entre sus garras!

MOR. Tú estás loco. La lectura te trastornó el seso. Aquí no hay fantasmas. Dejo á mi familia entretenerse en prácticas religiosas porque eso las divierte y amo y respeto la libertad lo bastante para no alzarme tirano de comedia y gritarles: «¡Aquí no hay más misa que la que diga el cura de Portugalete en el oratorio del Hotel!»

ARESTI ¡Qué liberal!

MOR. ¡Respeto todas las creencias!

ARESTI ¡Yo no!

MOR. Luis...

ARESTI Yo no soy liberal... Tienes razón que te so-

bra. Soy un jacobino. Un inquisidor al revés... Un hombre que sueña con la violencia, con el hierro y con el fuego, para limpiar á su patria de la podredumbre del pasado.

MOR. Parece mentira que un hombre ilustrado se exprese de ese modo. ¡Inquisidor!

ARESTI ¿Quién podría jurar hoy que no circula por sus venas jugo de fraile ó familiar del Santo Oficio? ¡Frente al inquisidor del pasado, el inquisidor del porvenir! ¡Derribemos! No caen los muros como en Jericó á trompetazos. ¡Es necesaria la piqueta!

MOR. ¡Pero mediquillo chiflado! Aun siendo esa gente tan peligrosa como dices, ¿á qué la violencia? ¡Libertad! ¡Libertad! Perseguirlos... Vejarlos... sería demostrar temerlos. ¡Mucha libertad! ¡Mucho progreso! ¡Mucha ilustración y ya verás como eso les empuja y arroja! ¡Escuelas! ¡Escuelas!

ARESTI (Cantando el Himno de Riego.) Tatatachinda... chinda... tachinda...

MOR. ¡Luisillo!

ARESTI Ahora me toca reir á mí de tu candidez. ¡Milician ! ¡Oyéndote me pareces un filántropo que en una *menagerie* se indignase ante la jaula de la pantera! Si la fiera nació para ser libre, ¿con qué derecho se la sugeta entre hierros? ¡Goza tu libertad, pobre pantera! Y abre la jaula... Naturalmente, el animal, al salir, muestra su gratitud al libertador saltándole al cuello y deshaciéndole á zarpazos. Suelta tú á la pantera histórica... Déjala en libertad cuando ha costado un siglo de esfuerzos colocar ante ella unos barrotes por entre los que saca las garras siempre que puede, y ya verás cómo corresponde á tu generosidad. ¡No doy por tu pellejo un perro chico!

MOR. ¿Y quieres matarla?

ARESTI Sería lo mejor.

MOR. ¿Pero lo crees posible de un golpe?

ARESTI De no ser posible... paso porque siga enjaulada, pero acosándola siempre... abatiendo

su fiereza... arrancándola uñas y dientes... hasta que vieja y débil, se trueque en perro manso... ¡Puerta abierta entonces! ¡Dejarla en libertad! ¡Que si los instintos del pasado renacen en ella, bastará un puntapié para librarse del mordisco!

MOR. Quizás tengas razón...

ARESTI Chito. Viene Pepita.

MOR. Tengo aun algo que decirte.. Lo principal.. respecto á Judith y á mi hijo.

ARESTI Bajemos al jardín... Pero guarda, que no sospechen tus espías Urquiola y Goicoechéa. ¡Qué gentecilla, Pepe, qué gentecilla! (Vanse por la escalinata.)

ESCENA IX

PEPITA y NORA, que sale primero, va á la escalinata y se cerciora de que se han ido los otros

PEP. ¡Gracias á Dios! Creí que las de Lizamendi no se marchaban nunca... ¿Ves á papá y al tío?

NORA Se internan en la alameda cogidos del brazo.

PEP. ¿Discursean? Tienen para rato.. ¿No ves á Fernando?

NORA Desde aquí no.

PEP. ¡Qué fastidio! Se habrá cansado de esperar.

NORA ¡Señorita! ¡Señorita!

PEP. ¿Es él?

NORA Sí... ¡Don Fernando!

ESCENA X

DICHAS y SANABRE

PEP. (Alegre.) ¿Aún estabas aquí?... Vigila, Aña Nora, vigila.

SAN. ¿Podía irme sin verte? No cambiaría mi felicidad, ahora, por todas las riquezas del mundo. (Queda mirándola extasiado.)

PEP. Es muy bonita tu carta de hoy... Tenía más flores que el ramo... ¿Pero nada me dices?

SAN. No, niña mía; habla tú... Tú sola. Tu voz armoniosa me encanta.

PEP. ¡Fernando mío!

SAN. ¿Te acuerdas tú de cuando empezamos á querernos? Yo no. Me parece que te quise siempre... pero cuando ví claro en mí corazón fué una noche... oyéndote cantar una de esas dulces canciones vascas... llenas de melancolía.

PEP. ¿Es cierto que mi voz te impresiona como dices?

SAN. Es tu alma la que pones en ella. Por eso basta oirte para amarte.

PEP. ¿Y me amas mucho? ¿Mucho, mucho de veras?

SAN. Allá en los hornos de tu padre, donde yo trabajo, el hierro se transforma en acero en convertidores colosales. Sopla la campana su ensordecedor rugido y sube recto por el espacio un surtidor, como una palmera roja, esparciendo plumas de luz, hojas azules, anaranjadas, de rosa blanquecino... Es el hierro que, con la corriente del aire, se vuelve acero al caer en los moldes de forma de cono... ¡Parece allí un pilón de hielo con luz interior! ¡Es hermoso! Pero su contacto, mata. Bastaría un leve roce para que la carne se convirtiese en humo, calcinando el hueso... ¡Como ellos es mi amor!

PEP. ¡Me das miedo!

SAN. ¿Por qué? En nuestro amor está nuestra mutua dicha. El fuego destruye, pero construye también. No hay sino saber aprovecharlo.

PEP. ¿Y si ese metal al rojo se apagase? Cuando es ya acero se enfría...

SAN. ¡Pero es acero ya! ¡Cuanto te amo! ¿Y tú?

PEP. ¡Con toda mi alma!

SAN. ¿Tanto?

PEP. Tanto... que tengo mis escrúpulos. ¿No será pecado eso?

SAN. ¡Pecado el amor! Lo más bello de la vida...

lo más grande del pensamiento. ¡No, niña mía! ¡Dios no es sino la esencia del amor mismo!

PEP. ¡Qué bien lo dices, qué bien!

SAN. Soy dichoso. Nueva vida comienza para mí: tu amor la alegra.

NORA (Que antes hizo mutis y llega por la escalinata. Aparte.) ¡Todos dicen lo mismo! ¡Siempre igual! ¡Ah, la juventud! ¡la juventud!... ¡Si no acabase!

SAN. Sólo un temor me sobrecoge.

PEP. ¿Cuál es?

SAN. Tu padre... Yo soy pobre.

PEP. El lo fué.

SAN. Luego... el doctor se ofreció en mi auxilio.

PEP. (Alegremente.) Es muy bueno mi tío Luis. ¡Lástima que tenga esas ideas!... Tú no piensas como él, ¿verdad? Dime que no, Fernando; dime que no.

SAN. No se cómo piensa él.

PEP. Es que mamá dijo un día hablando de tí con papá: «Es de los de Aresti». ¡Si supieras cuanto sufrí oyéndolo! Sería el mayor obstáculo... ¿Por qué no vas á confesarte con los Padres como todas las personas decentes? Hazte simpático en la residencia, Fernando... Los Padres son muy buenos y tengo la seguridad de que mamá entonces no se opondría...

SAN. Quizás.. (Indeciso.) Yo no les odio.

PEP. Si ellos nos ayudan, todo estará resuelto. No exigen sacrificios... Mira, yo debía asistir esta tarde con mamá á una junta.... No he ido; pues, su bondad, no sólo disimulará mi ausencia, sino que hará constar mi presencia... Es muy sencillo. Hay un gran cuadro con el nombre de todas las congregantes y al lado de cada uno un cordoncito azul con una pequeña bola de marfil... Al entrar cada una, tira de su cordoncito y marca de este modo su asistencia... Pues bien... Mamá tirará del cordón por mí... Y ellos lo ven... y callan.

SAN. Para llegar hasta tí nada me detendrá. Haré cuanto sea preciso... Si á pesar de ello encontrase oposición... dime al menos que, ocurra lo que ocurra, no me olvidarás.

PEP. ¡Te amaré siempre!

NORA ¡Señorita!... La señora... la señora viene.

PEP. ¿Mamá? ¡Vete, por Dios!

NORA No, no hay tiempo... Ya está aquí.

ESCENA XII

DICHOS y CRISTINA

PEP. (Yendo á ella un poco confusa.) ¡Mamá!

CRIS. (A Sanabre.) ¡Usted!

SAN. Señora...

CRIS. Me habían dicho que se había usted marchado... Ha vuelto. . ¿No es así?

SAN. He de recibir órdenes...

CRIS. ¡Ah!... ¿De mi esposo? (Con intención.)

SAN. Encontré á Pepita... casualmente...

PEP. Salí al jardín... Las de Lizamendi acaban de marcharse...

SAN. Me detuve á saludar...

CRIS. Agradezco su atención. (Seco.) ¿Entra usted?

SAN, Con su permiso... Don José está en el jardín...

CRIS. Vaya usted... vaya... (Fernando sale turbado.)

ESCENA XIII

DICHOS menos FERNANDO; después ARESTI y MORUETA

CRIS. Aña Nora, que sea la última vez que la señorita recibe visitas sin estar yo. (Severa.)

NORA Señora, es que...

CRIS. ¡Silencio! (Autoritaria.)

NORA Estaba yo en la terraza. No entró en el hotel. Y siendo un dependiente de la casa...

CRIS. ¡Que sea la última vez! Es ocurrencia venir ese *individuo* á recibir órdenes de mi esposo,

que sabe que está en el jardin... ¿Le esperabas tú?

PEP. ¡Mamá!

CRIS. Entra... Ya hablaremos... (Hace mutis con Pepita.)

MORA (Aparte.) Todos tuvimos sus años. No es un delito ser joven... ¡Se debería serlo siempre!

(Entran Aresti y Morueta.)

ARESTI ¡Lo temía! Ese mozo ha elegido mal la carrera... En otros países el ingeniero priva como primer galán en las comedias de amor. En esta tierra, no; el de moda, el que arrambla con todo, el que imponen los Padres sin hijos de la Compañía de Jesús que se pasaría perfectamente sin su compañía, es el abogadillo salido de Deusto.

MOR. Pero, ¿qué dices y á qué te refieres?

ARESTI ¿No reparaste que Fernando ha pasado junto á nosotros sin vernos?

MOR. ¿Sanabre? Iría pensando alguna nueva y ventajosa modificación de los hornos.

ARESTI Si no estalla el suyo...

MOR. ¿Qué dices?

ARESTI Que el intruso ha penetrado también en los dominios de ese mozo... ¡Otra alma destrozada! ¡Otra vida deshecha!

MOR. ¿En suma?...

ARESTI ¡Otro vencido!

MOR. ¡Estás loco! ¡Vete al diablo!

ARESTI Pero, hombre... ¿por qué ha de consentirse que en los nidos de los jilgueros entren los gorriones? ¡Ah! ¡Sí! ¡En nombre de la libertad! ¡No me acordaba! (Burlón, recordando las frases de su primo en la escena VIII.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

CRISTINA y PEPITA. Cristina, que en los actos anteriores habrá vestido de oscuro y con modestia relativa, luce en este acto todos los atavíos de una mujer elegante, distinguida y mundana, en el buen sentido de la palabra. Está nerviosa. El cambio no es muy sincero. Sigue la beata bajo las galas de la mujer de sociedad. Al levantarse el telón se supone que madre é hija vienen de la calle

CRIS. ¡Qué alegría causa recibir al Señor! ¿No lo has notado, Pepita? ¡Hemos empleado bien la mañana!

PEP. (Triste y preocupada) Sí... muy bien...

CRIS. Lo dices con tan poco entusiasmo... ¿Qué apostamos á que te ha regañado el Padre Pauli? Algún pecadillo que yo ignoro...

PEP. No. No le he dicho...

CRIS. Si el Padre Pauli es adivino. Tiene un pájaro que viene á contarle al oído los secretos de las muchachas.

PEP. Como en la confesión no se puede mentir, claro es que lo sabe todo... También adivinaría yo así.

CRIS. ¡Niña! ¿Pero que te sucede?

PEP. ¿No te lo ha dicho él?

CRIS. ¿Él? ¿Serás capaz de haber incurrido en el pecado mortal de oír mi confesión?

PEP. No he oído nada... Pero como todo te lo dice...

CRIS Preciso es que estemos de acuerdo para guiarte.. Vamos... Hija mía... Siempre he sido para tí amiga y confidente cariñosa... Háblame sin miedo. Cuéntamelo todo. ¿Conque es verdad que tienes ese novio...?

PEP. No, mamá. Es... un amigo al que profeso cierta simpatía. ¡No le he dicho más al Padre Pauli!

CRIS. ¿Y él que te ha aconsejado?

PEP. Que lo deje. Que le escriba una carta. Hasta me ha dictado el borrador Pero yo no puedo... ¡no puedo obedecerle, madre mía!

CRIS. ¿No puedes? Los Padres, inspirados por el Sagrado Corazón, no exigen nunca imposibles.. ¡Pobre paloma! ¡Qué bien ha sabido prenderte entre sus garras el gavilán! ¡Basta de fingimiento! Yo sé la verdad y uno mi consejo al de tu confeor.

PEP. ¿Tú? ¿Tú me ordenas también que deje á Fernando? ¿Pero por qué? Él es bueno... me quiere y...

CRIS. ¿Crees eso? Nada puede esperarse de un hombre sin fe.

PEP. ¡La tiene! Va á ir á confesarse con los Padres y todo.

CRIS. ¡Para engañarnos mejor!

PEP. Porque yo se lo he dicho... El no desea sino complacerme. ¡Me ama!

CRIS. Te codicia. No á tí, sino á la fortuna de tu padre.

PEP. Eso no. Él sabe trabajar.

CRIS. ¡Infeliz! ¿Qué porvenir te esperaría unida á ese ambiciosillo hipócrita que se aviene á fingir creencias que no tiene, por asegurar mejor la posesión de tu dinero? ¡El martirio como la desdichada Antonieta Lizamendi! Peor que ella... Tu tío Luis es hereje; pero no engaña... Fuera de la sincera fe católica el matrimonio es un triste camino de amargura. Olvida á ese hombre bastante orgulloso para querer regirse por sí mismo. ¡Como

si fuera de la religión hubiese luz verdadera! Cree á tu madre. Nadie te quiere lo que ella en el mundo... ¡No te obstines en hacerte desgraciada!

PEP. Pero es que... Yo le quiero... Vivirá siempre en mí.

CRIS. Amores de la tierra. ¡Si supieses lo fugaces que son! Si quieres casarte no te faltarán aspirantes de creencias honradas. Buenos católicos, que serán excelentes esposos y padres de familia.

PEP. ¡Eso no! ¡O él ó nadie!

CRIS. ¿Es posible que el espíritu del mal haya entrado tan hondo en tu corazón? ¡Estás perdida! ¡Te has asomado al precipicio y resbalaras por él. ¡Ah! ¡Si yo pudiera decirte todo lo que pienso! ¡Todo lo que sufro!

PEP. ¡Mamá!

CRIS. No. ¡No es posible!

PEP. Además... Aunque yo me hubiese equivocado... El Padre Pauli me ha propuesto un partido que no aceptaré jamás. ¡Jamás!... ¡Fermín Urquiola!

CRIS. ¿Tu primo?

PEP. ¡Con ese nunca! ¡Sois muy crueles conmigo!

CRIS. ¡Cuánta soberbia!... ¿Acaso no trabajamos por tu bien? Te has enamorado de un cualquiera. De un ingenierillo como hay tantos, que necesita la protección de tu padre para ganarse la vida. ¿Vas á dar tú el escándalo de unir tu suerte á la de un ganapán venido de no sé dónde, que ni siquiera es vizcaíno? ¡Tú! ¡La hija de Sánchez Morueta! ¡La descendiente por mi sangre del más puro y noble blasón del viejo Señorío! En cambio desprecias á quien tanto vale .. A un hombre lleno de santo temor de Dios... con talento tan grande como corazón puro... Político notable. Orador fogoso y elocuente. ¡Tu primo Urquiola. ¿Qué más quisieras tú? Pero el buen deseo del Padre Pauli no ha reparado en la distancia inmensa que os separa.

PEP. ¡Oh!... Si yo quisiera acortar la distancia...

CRIS. ¡Vanidosa!

PEP. Te digo que él no desea sino que yo le dé pie...

CRIS. Fermín está educado en Deusto. Es exageradamente cortés y expresivo... Eso te ha hecho creer aspiración, la simple galantería. ¡Vale mucho! ¡Feliz la mujer que se llame su esposa! Pero irá á buscarla más alto... Aunque yo sea quien soy... Al fin tú no dejas de ser la nieta de un gabarrero.

PEP. ¡Como yo dijese una palabra!..

CRIS. ¡Te engaña tu coquetería! Ni te quiere, ni pensó nunca en tí.

PEP. Si todos conocen lo contrario... Mi tío Luis mismo se ha fijado en ello..

CRIS. Tu tío Luis es un botarate... Y tú, demasiado confiada en tu valer, pierdes el mayor encanto: la modestia.

PEP. Sin modestia... Me sobran pretendientes.

CRIS. ¡Somos tan ricos! Y eres hija única... Tu primo no necesita de nadie para escalar los más altos puestos.

PEP. ¿Quieres verle á mis pies?

CRIS. ¡Sueños!

PEP. ¡Lo verás!

CRIS. ¿Que intentas?

PEP. Romper con Fernando. Escribirle la carta esta. Y antes de ocho días demostrarte que estás equivocada. Que Fermín Urquiola me prefiere á todas esas otras encopetadas señoritas de abolengo y linaje histórico, sin mezcla de origen.

CRIS. ¡No lograrás eso!

PEP. ¡Si! ¡Lo lograré! Pero... ¡destrozándome el corazón!

CRIS. ¡Veremos hasta dónde llega tu poder!

PEP. ¡Hasta donde quiera mi orgullo! (Hace mutis resueltamente.)

CRIS. ¡Escribe!... ¡Escribe!... ¡Qué talento el del Padre! Todo sale bien siguiendo sus indicaciones .. «Excite usted su amor propio.» Hé aquí un consejo que como mano de santo ha domado la voluntad de esa niña caprichosa á la que cuatro palabras tiernas de un mozalbete atrevido habían deslumbrado.

ESCENA II

CRISTINA. GOICOECHEA

GOIC. ¿Da su permiso la señora?...

CRIS. ¿Estaba usted ahí?

GOIC. Venía á ver si había llegado de Madrid el señor...

CRIS. No es hora aún...

GOIC. Si en tanto manda algo la señora.

CRIS. Copie usted esa oración. (Dándole un papel.) Siete veces y con letra clara.. Es una promesa.

GOIC. ¡Yo!... Pero... Yo creo que ha de ser escrito por la misma persona que...

CRIS. Usted es dependiente de la casa.

GOIC. Eso sí.

CRIS. Es lo mismo que si fuese yo.

GOIC. Verdaderamente. Yo creo que sirve...

CRIS. Así opina el padre Pauli.

GOIC. Sirve. No cabe duda entonces. (Con seguridad.)

CRIS. Ahí tiene usted papel.

GOIC. Tiene el membrete del principal... Y como al principal no le gustan estas cosas... Como es liberal por desgracia... Acuérdese la señora. En las útimas elecciones, dió 12.000 pesetas para ayudar el triunfo del candidato de los Maketos.

CRIS. Yo dí 30 000 para auxiliar el del representante legítimo de la buena causa.

GOIC. Sí... Fué valor admirable el de la señora. Todos temimos un conflicto. Un choque con el señor.

CRIS. Tiene por lema el respeto á todas las creencias.

GOIC. ¡Sí! Pero dentro de su casa... Cuando él públicamente se había comprometido... En fin... calló.

CRIS. Haga usted lo mismo y escriba.

GOIG. Al momento... Al momento... (Se sienta á escribir.—Escribiendo.) «Glorioso San Expedito.»

CRIS. (Sacando una carta del pecho.) ¡Qué sacrificio me va á costar!. .

GOIC. «¡Tú que vives!»

CRIS. (Aparte.) Pensar que me suplanta una cualquiera. ¿Y qué luego yo?. . ¡Qué horror... y qué asco!

GOIC. (Escribiendo.) «En el santo amor...» ¡Doña Cristina, aquí hay un amor con *hache!*

CRIS. ¿Cómo con hache? Tal vez distraido el Padre Pauli...

GOIC. ¡No hay error! ¡Ya se lo que es!

CRIS. ¿Qué?

GOIC. Una manera de distinguir el amor de Dios de los amores pecaminosos del mundo .. ¡Eso es! Amor terrenal... sin hache. Amor divino... con hache.

CRIS. Sin duda.

GOIC. (Vuelve á escribir.) «En el santo amor con hache ..»

CRIS. (Leyendo.) *Mon... gros... loup.. cherí...* Mi grueso lobo .. querido. Eso me ha dicho el Padre... ¿Pero, por qué le llaman lobo?...

GOIC. «Porque amas.»

CRIS. Goicoechea... Haga usted el favor de no leer alto lo que escribe.

GOIC. ¡Ah, bien! Usted perdone. (Bajísimo.) «Por qué me veneras, por qué me ensalzas ..»

CRIS. (Monologueando.) ¡Judith! Una aventurera.. De modo que Pepe... Mi Pepe... ¡Ya no es mío! Se entregaba amante en los brazos de otra mujer. . De una mujer que no soy yo... ¡Escarneciendo mi recuerdo! ¡Abofeteando mi virtud! Y ahora he de reconquistarle... Rendirle caricias ya olvidadas... Ser humana... Yo que vivía absorta en la contemplación de otra vida más hermosa y más pura... ¡Oh! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Es superior á mis fuerzas! Y después de la otra... Después... (Estrujando la carta.) ¡Nunca! (Pausa: Goicoechea contemplándola deja de escribir.) Sin embargo... Es Dios quien me lo ordena por medio de sus ministros .. Es Dios, quien me dice: «Volverás á ser de tu marido, compartirás su fuego para conquistar su alma y

atraerle á la eterna salvación, guiándole al cielo.» Son las palabras del Padre: Y yo... su esposa, á la que ultraja .. he de luchar con una cortesana que me lo roba, brindándole los goces con que ella le ha embriagado... Creí para siempre destruídas mis pasiones y las siento despertar más vibrantes. . Orgullo... soberbia... ¡Celos! ¿Son celos esto? ¿Es un nuevo amor que Dios me envía?... ¡Le amo!... ¡Y es de otra! Debo ir á él... Ofrecerme como ella. . ¡No! ¡No!... (Transición.) ¡Mas es preciso! ¡Tú lo quieres Señor!, ¡perdón si vacilé... tú eres mi dueño!... ¡Cúmplase en mí tu divina voluntad, Dios mío! (Vacilando.)

GOIC. ¡Señora, señora! (Acudiendo á ella al ver que vacila.) ¡Doña Cristina! ¿Qué tiene usted? ¿Aviso?

CRIS. No es nada, Goicoechea. Ya pasó... ¡Dios lo ordena! Vacilaba.. iba á caer...

GOIC Y yo la he sostenido.

CRIS. ¡No! ¡Fué El! ¡El! (Señalando al cielo.) ¡Bendito sea!

ESCENA III

DICHOS y MORUETA. Entra abrumado por la pena. Un poco brusco

MOR. ¿Qué pasa? ¿Por qué está usted aquí? (A Goicoechea.)

GOIC. Vine en busca de usted... á recibir órdenes. Copiaba una oración por orden de doña Cristina.

MOR. ¿Es usted mi secretario ó el recadero de mi esposa?

CRIS. ¡Pepe!

MOR. ¡Basta! Al despacho. Ahí está su obligación.

GOIC. Bien, bien. (Aparte.) Pasa algo gordo. Esa cartita de ella... esa brusquedad de él... Avisaré. (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA CRISTINA y MORUETA. Ella ha guardado la carta en el pecho

CRIS. (Aparte.) ¡Jesús mío, ayúdame! (Alto.) ¿Vienes fatigado? ¿Sufres alguna contrariedad? ¿Qué te sucede?

MOR. Los negocios... Una pérdida...

CRIS. ¿Y eso te preocupa? Seguramente para tu caudal será cosa insignificante.

MOR. Mortifica. Estaba acostumbrado á vencer y una derrota me molesta. Hiere mi amor propio... Por lo demás no tiene importancia.

CRIS. (Aparte.) ¿Y he de seguir esta indigna comedia?

MOR. ¿Y Pepita? (Distraído.)

CRIS. En su habitación. Fué esta mañana á confesar y comulgar conmigo... Hemos llamado la atención... ¿No te has fijado en mi vestido?

MOR. Sí. (Indiferente.)

CRIS. ¡Como nada me has dicho!... ¿Qué te parece?

MOR. Está bien. (Casi sin mirarla.)

CRIS. Tampoco me preguntas por mi salud... hace poco sufrí un vahido.

MOR. ¿Se pasó, no es así? Tal vez el madrugón.

CRIS. ¡Quizá las penas! (Con amargura.)

MOR. ¿Penas, tú? (Mirándola con extrañeza, pero sin emoción.)

CRIS. Sí. El alma produce más enfermedades que el cuerpo. ¡Sufro mucho, Pepe!

MOR. ¡Ah! ¿Sí? ¡Luego no soy yo solo! (Con alegría que reprime.)

CRIS. ¿Tú sufres también?

MOR. Acaso... La vida...

CRIS. No disfrutas de ella... Te aislas demasiado en tus negocios. Yo, por mi parte... entregada á mis devociones, he olvidado que la juventud acaba, que luego llega la vejez... y que aún resta un rayo de luz que se debe aprovechar antes de caer en la sombra para

siempre... Ya lo ves .. Me visto, me arreglo, me compongo. Quiero gozar aún las dichas del mundo. Debieras seguir mi ejemplo.

MOR. ¿Tú crees?

CRIS. Mi hija va á tener en mí una rival. Volveré á brillar y á lucir un poco. ¿Qué dices á eso Pepe?

MOR. Que haces bien. (Distraído.)

CRIS. Aun estamos en edad de ilusiones. ¿Por qué vivir sólo de recuerdos? (Sumisamente.) Nos queda la realidad de nuestro amor.

MOR. ¿La realidad? (Asombrado.)

CRIS. ¡Sí!

MOR. ¡Es tan triste!

CRIS. ¿Por qué no alegrarla? Yo he visto en invierno secar sus troncos los árboles que el viento desnuda de follaje... pero vuelve la primavera y se engalanan de nuevo. ¿Es que no puede renacer la primavera para nosotros?

MOR. ¡La primavera!... ¡La alegría!... ¡El amor!... ¡Qué lejos está ya eso!

CRIS. Podemos ser felices aún... Soñar un poco.

MOR. ¿Soñar... tú?

CRIS. El amor resucita el alma dormida.

MOR. ¡Y la mata también! (Con amargura.)

CRIS. ¡Pepe! (Ha ido creciendo en ternura. Va á su esposo y le abraza.)

MOR. ¿Qué quieres? (Dejándose abrazar sin conmoverse.)

CRIS. (Pasional.) ¡Tu amor que es mío!

MOR. (Desasiéndose.) ¡Ya es tarde, Cristina; es tarde!

CRIS. (Exaltada.) ¡Tarde!... ¡Para mí! (Reprimiéndose.) ¡Está bien!... ¡Adiós!. . (Sollozando; mutis primera izquierda.) ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! (Vase.)

ESCENA V

MORUETA, IRIONDO y GOICOECHEA

MOR. (Aparte.) ¡Para mí! ¿Habrá sospechado?

IRION. Bien venido, Pepe. ¿Probó el viaje?

MOR. Así, así, Capi. Los nervios...

GOIC. Me he permitido volver, don José, para consultarle...

MOR. Señor Goicoechea, déjeme usted en paz con sus chinchorrerías. ¡Al despacho!

IRION. Si te molesta hablar y no quieres ver á nadie, diré á Aresti que no suba.

MOR. ¿Está ahí Luis?

GOIC. Eso es lo que venía á tener el honor de indicarle.

MOR. (Á Goicoechea.) ¡Es usted un majadero! Tiene usted el cerebro lleno de serrín.

GOIC. ¡Don José!

MOR. ¡Don hipócrita! ¿No sabe usted que para Luis estoy siempre visible? Anda, Capi, tráemelo de las orejas. Y usted... ¡á trabajar al despacho! ¡De prisa!

GOIC. Voy, voy. (Aparte.) A pesar de todo yo he de enterarme de lo que pasa... porque pasa algo gordo.

IRION. Tenía que pedirte órdenes, pero si no estás para esos asuntos. .

MOR. Arréglalo á tu gusto. Has lo que te plazca .. Sabes que tengo en tí confianza absoluta.

IRION. Gracias, Pepe... Pasa, pasa, *Planeta.* (Iriondo á Aresti.) Pero ojo avizor, que está el mar picado y sopla noroeste. (Vase.)

ESCENA VI

ARESTI y MORUETA

ARESTI Adiós, Capi... (A Morueta.) ¿Conque estás furioso, eh? A ver esa cara .. ¿Te duele algo? ¿Qué demontres te ocurre?

MOR. Luis... ¡Mi vida terminó! ¡Han matado todas mis ilusiones! (Con desaliento.)

ARESTI ¡Energía, Pepe! ¿Qué es esto? ¿Te desplomas como una señorita desvanecida? ¡Sólo te faltaba llorar como un chiquillo! ¡Ah! Por lo que pueda convenirte. Te advierto que Sanabre aguarda ahí fuera. Subió conmigo.

MOR. Que aguarde. Algún asunto de la fundición. ¿Qué me importan á mí los Altos Hornos,

las minas, los barcos? ¡Que se lo lleve el diablo todo! ¿De qué sirve la riqueza? ¡Juventud, Luis, juventud! Ese ingenierillo que vive de lo que yo le pago es de seguro más feliz que yo.

ARESTI Bueno, bueno, que espere. Pero, ¿qué te pasa?

MOR. Judith... Ya sabes..

ARESTI ¿La judía ó francesa... ó lo que sea de que me hablaste con tanto entusiasmo? ¿Y qué? ¿Te ha hecho alguna perrería? ¿La has sorprendido con alguien? ¿Ha huído sin dejarte tarjeta? Habla, hombre; por mucho que me digas no será grande mi sorpresa.

MOR. ¡Luis! ¡Qué pequeños nos hace el amor, en esta edad en que queremos sin la certeza de ser queridos! ¡Me avergüenzo recordando hasta dónde descendí!

ARESTI Ya... Ya adivino.

MOR. Me ha engañado... sin compasión... Recibí una confidencia poco tranquilizadora... Cogí el tren.

ARESTI ¿La sorprendiste?

MOR. Un Mr. Jules, casi niño, bello, elegante, que invernaba en la costa azul sirviendo de *croupier* en los grandes casinos. Judith debía conocerlo hace tiempo. Es más joven que ella y con el furor de la mujer que ve próximo su ocaso, se aferraba al amor de aquel profesional de la hermosura varonil que se hace adorar por las aventureras.

ARESTI La eterna historia.

MOR. ¡La odiosa historia! Notaba yo en ella, de algún tiempo acá, una avaricia cada vez más acentuada... un afán de asegurar su posición... No me importaba el dinero... Mi fortuna no sufría desnivel... ¡Y yo era dichoso! ¡Premiaba tan tiernamente mis despilfarros! Ahora... ahora es cuando me enfurece pensar lo ridículo de mil papel.. ¡Yo! ¡El fuerte! ¡El temido! ¡El adulado por los poderosos! ¡El solicitado por todas las grandes empresas para todos los grandes negocios, convertido en el grotesco viejo verde y

pagano de quien se mofa la pareja joven y feliz! ¡Te juro, Luis, que sólo el respeto á mi familia y á las estúpidas conveniencias, han impedido que los matase á los dos! (Todo ello exaltado, golpeando los muebles con furor, agitadísimo.)

ARESTI Pero, hombre... siéntate... No golpees los muebles. Ya sé que de un puñetazo puedes hacer pedazos una mesa. No los has matado... y has hecho muy bien. ¿Acaso eres tú el primero ni el último de quien se burla y á quien explota un dúo de esos pájaros? Sigue contando, sigue.

MOR. Llegué sin avisarla. En el desorden de la habitación... en los detalles que revelan una fuga... en la obstinación de la doncella deteniéndome ante todas las puertas cerradas, comprendí, que el tal Jules, ocupaba mi puesto... Entré... ¡La escena fué horrible! ¡Qué franqueza tan brutal y cruel la suya! Podía haber seguido fingiendo... Me dolía demasiado la verdad para no haber aceptado la mentira... ¡No quiso, Luis! ¡No tuvo la piedad de engañarme!

ARESTI Acaso fué mejor.

MOR. No lo sé. ¡Pero con qué insolencia proclamaba su pasión! ¡Cómo adoraba á aquel bergante sólo porque era joven y buen mozo. «Sí, *mon vieux*, decía, le amo. Con el amor »no se *badina pas*... Si tú me amas, no me »atormentes con celos. . Has de ser amigo «del pobre *Jules*, y sino la puerta está abier»ta. ¡*Voilá*!» ¡Oh! ¡Y tenía, al decirlo, la mirada insultante de las mujeres nacidas para morir asesinadas! (Furioso.)

ARESTI Sigue... sigue.

MOR. Yo loco, sin saber lo que hacía, alcé la mano...

ARESTI ¡Pepe!

MOR. ¡No! ¡No la pegué! Mi mano no quiso obedecerme. Y mientras volvía á caer inerte, Judith chillaba: «Sí... pégame... eso es muy es»pañol... Mátame como matan en tu tierra »á las mujeres, cuando no quieren amar...

»Anda, *Don José*... Ya estamos en el final »de *Carmen*. ¿Dónde guardas la navaja?» ¡Sentí desplomarse todo mi furor ante aquella burla! Me dí cuenta de mi debilidad ante aquella hembra curtida en los peligros de la vida errante! ¡Estaba vencido!

ARESTI Pero, ¿y el niño? ¿Y el hijo del amor? (Irónico.)

MOR. No te burles... Es una crueldad... ¡También esa ilusión ha desaparecido! No queda nad . ¡Nada!

ARESTI ¿Te lo confesó ella misma?

MOR. ¡Sí! ¡Qué tirón tan doloroso en mi alma!

ARESTI ¿Entonces os separasteis?

MOR ¡Huyó!

ARESTI Mas vale así.

MOR. Sí... mas vale.

ARESTI Y ahora, ¿qué piensas hacer?

MOR. ¡Qué sé yo! No puedo pensar. Dímelo tú que sabes más de la vida. ¡Tú eres lo único que me resta!

ARESTI ¡Es bien poco, por cierto!

MOR. ¿Qué debo hacer? ¿Qué me aconsejas?

ARESTI Que no seas niño. Ni estás sólo ni te hallas tan falto de afectos. Vuelve los ojos á tu casa y á tu familia. Invéntate una felicidad como esa que te forjaste al lado de una desconocida. Imagina que tu mujer te adora, y aunque no sea cierto, esa mentira resultará menos dolorosa que la otra, pues no conocerás la infidelidad, ni los celos.

MOR. ¡Mi mujer! Imposible. Hace poco pude reanudar el idilio. Ella, no sé por qué causa, intentó...

ARESTI ¿Cristina? (Asombrado.)

MOR. Vino en mi busca.

ARESTI Pues vé á ella tú, y la encontrarás. No te asuste lo ocurrido entre vosotros. O te buscó porque ha despertado en ella un repentino afecto, cosa extraordinaria, ó porque alguien se lo ha ordenado. De un modo ú otro, te aceptará. Vuelve.

MOR. ¿Crees?

ARESTI Es la única solución... para llenar ese vacío que tanto te asusta. No estarás solo... Si yo

estuviera en tu piel, ya sabría fabricarme ilusiones. Con tu poder y tu riqueza...

MOR. ¿Qué harías?

ARESTI Amar mucho.

MOR. ¿A Antonieta Lizamendi?

ARESTI ¡A la humanidad!

MOR. ¡Brava idea! (Irónico.) ¡Dedicar mi vida á los de abajo! Fundar escuelas, universidades, hospitales.

ARESTI ¡Y tahonas!

MOR. Tonterías, Luis. Si yo soy infeliz con toda mi fortuna, ¿por qué han de ser dichosos semejantes garrapatas?

ARESTI ¡Liberal! ¡Generoso! ¡Magnánimo!

MOR ¡Luis!

ARESTI Basta. Ese muchacho espera. ¡Ah! Te advierto, para que no te coja de susto, que viene á despedirse de ti. Se marcha de Bilbao. Parece que repentinamente se ha decidido...

MOR. ¡Fernando! ¿Por qué se va?

ARESTI ¡Qué sé yo! Cosas de muchachos. Tal vez padece, como tú, ausencia de amores.

MOR. ¿Estaba él enamorado?

ARESTI Es una epidemia... propia de la juventud.

MOR. ¿También siendo joven se sufre? A todos llegan los pesares sin reparar en años ni gallardías. Luis, que pase ese compañero de desgracia.

ARESTI (Llamando.) ¡Fernando!... ¡Fernandito!

ESCENA VII

DICHOS y FERNANDO, abatido, dominado por un gran pesar

ARESTI Buenos días, don José... Ya le habrá á usted indicado don Luis... Pienso marcharme en cuanto encuentre usted sustituto.

MOR. (Aparte.) ¡También sufre!

ARESTI Conque ya lo oyes, Pepe... Este se va... Y yo también.

MOR. ¡Luis!

ARESTI Me vuelvo á Gallarta... Es muy tarde..

MOR. ¡Todos! ¡Se van todos! (Acometido de súbita ternura. A Fernando.) ¡Hijo!... ¿Es por algún disgusto allá en las fundiciones? ¿Quieres ganar más? Si es por dinero, habla.

SAN. ¡Por dinero!... No señor... no es por ambición... Tampoco he sufrido disgusto ni decepción allá... Los obreros son los mismos... Es que esto me cansa... He dejado aquí mi salud... mis alegrías. Siento la atracción de lo desconocido. Iré á Cataluña... á Italia. Tal vez á América... Voy sin rumbo... Deseo llevar á mi madre á un país más cálido, donde se vea el sol.

MOR. ¿Tienes alguna queja?

SAN. Ninguna... Siempre agradeceré la bondad con que usted me ha tratado, y... ¡No podré olvidar nunca esta casa!... ¡No podré! (Con amargura.)

MOR. Como á un hijo te he querido... Allí donde estés, si necesitas algo de mí, pide. Si quieres volver, vuelve.

SAN. Gracias.

ARESTI Animo, ingenierete... Esas heridas se cicatrizan con el olvido, que es hermano de la ausencia... Si quieres pasar conmigo unos días en Gallarta... ¡El chacolí es un gran filósofo!

MOR. ¿Y... hace mucho tiempo que decidiste abandonarnos?

SAN. Un cuarto de hora.

MOR. ¡Ah!

SAN. ¡Adiós, don Luis! Puede que aun nos veamos... Si usted, don José, no manda otra cosa... (Da la mano á Morueta.)

MOR. ¡Adiós, hijo mío!

SAN. Despídame usted de su señora... y de... Pepita.

MOR. Serás complacido.

ARESTI ¡Sé fuerte! (A Fernando.)

SAN. (A Aresti.) Llevo la muerte aquí... En una carta odiosa... Usted tenía razón... En Bilbao triunfan los Urquiolas.

ARESTI En casi toda España... Pero quédate... Lucha.

SAN. No puedo... ¡Adiós! (Casi huyendo. Mutis.)

MOR. (Aparte.) ¡Pobre muchacho! ¿Lo confesabas, Luis?

ARESTI No... Creo que su pecado es no confesarse... ¡Las doce! Decididamente me marcho, Pepe... He de tomar el tren de las Arenas...

MOR. ¿Me abandonas? ¡Ya estoy solo! Y ahora, al volver á mi hogar la frialdad de la casa de huéspedes .. La ausencia del cariño...

ARESTI Tuve un condiscípulo en París que poseía un medio sencillísimo de estar bien atendido en sus hospedajes.

MOR. ¿Cuál?

ARESTI Enamoraba á las patronas.

MOR. Mi mujer...

ARESTI En ella encontrarás lo que deseas... No sé á qué precio... pero tú eres rico... En cuanto á mí soy siempre el mismo. Cuando me necesites estaré á tu lado.

MOR. ¡Gracias, Luis! (Con efusión.)

ARESTI ¡Hasta entonces! (Mutis.)

MOR. En mi casa... En mi casa... ¡Solo!

ESCENA VIII

MORUETA y PEPITA

PEP. ¡Papá!...

MOR. ¡Ah!... ¡Hija mía!... ¿Quieres algo?

PEP. Preguntarte... Acaba de salir...

MOR. ¿Aresti?

PEP. No... El otro... Fernando... Le he visto desde el balcón...

MOR. Efectivamente...

PEP. (Ansiosa.) ¿Vino á hablarte de negocios?

MOR. No. Vino á despedirse.

PEP. ¿Se va?

MOR. Me encargó que os saludase... No podrá volver.

PEP. ¡Dios mío! (*Llorando.*)

MOR. ¿Qué tienes?... ¿Te sucede algo? (*Tierno.*)

PEP. ¡Mucho!... ¡Mucho, papá!...

MOR. (*Aparte.*) ¡También ella le amaba!

PEP. ¿Dijo dónde iba?

MOR. No lo sabe aún... Su resolución ha sido tan repentina... ¿Adivinas tú la causa?

PEP. ¡Papá!... ¡Papá!... ¡La causa soy yo!

MOR. ¿Tú?

PEP. Una carta... Una carta odiosa. ¡No me la perdonará nunca!... Se irá despreciándome. ¡Y yo no quiero que me desprecie Fernando!

MOR. Vamos... Serénate... Todo podrá arreglarse.

PEP. ¡Ya no, papá! ¡Ya no!... Hice mal... Mamá me desafió á demostrar que Fermín Urquiola me quiere... Entonces escribí á Fernando... rompiendo... porque nuestra diferencia de posición social...

MOR. ¿Eso has hecho?

PEP. Sí, papá... Pero estoy arrepentida... Porque yo no creo que aunque sea pobre fingiera quererme porque soy rica, como le indicaba en la carta.

MOR. ¡Basta! ¡Basta!... ¡Sí, es infame! ¡Fernando volverá!

PEP. Es que... se opone mi madre...

MOR. ¿Se opone?

ESCENA IX

DICHOS y CRISTINA

CRIS. Sí... Me opongo... En nombre de la felicidad de mi hija. No quiero que sufra lo que otras... No quiero que padezca unida á un hombre cuyas ideas la desmoralicen y perviertan.

MOR. ¡Ideas! ¡Ideas! ¿Pero y el amor? Si ella le quiere...

PEP. ¡Sí, mamá; le quiero!

CRIS. Más quise yo... ¡Y sufro!

MOR. ¿Sufres tú! (Amargo.)

CRIS. Déjanos solos, Pepita. Tengo que hablar con tu padre.

PEP. (Aparte.) Si no vuelve... ¡Dios mío! Si no vuelve... ¿Por qué será pecado querer, si es tan hermoso el cariño! (Mutis.)

ESCENA X

CRISTINA y MORUETA

CRIS. Pepe.. ¡Basta! Esto no puede continuar... He sufrido tus impiedades... He perdonanado tus olvidos... He tolerado tus locuras... Hasta pasé por la vergüenza de verme rechazada cuando vine á ofrecerte mis caricias para salvarte... Pero no consentiré que ayudes á mi hija á concertar matrimonio tan desdichado. No será otra víctima como su madre... ¡No!

MOR. Cristina... La vida es para mí un invierno triste y árido; en mi alma va entrando el hielo de la desilusión. Si quieres batallar, cuenta con la victoria. Yo no lucharé. Te cedo el campo.

CRIS. ¿Tan abatido estás?

MOR. ¡Desconsolado!

CRIS. ¿No encontrastes consuelo fuera de tu hogar?

MOR. ¡Si supieras cuánto daño me hace recordarlo!

CRIS. ¡Y por él abandonas á tu familia!... ¡Por él desprecias á tu mujer!

MOR. Cristina...

CRIS. No... Ya no mendigo caricias que repugnan á mi honestidad... Si antes te las ofrecí, fué por compasión. Creí que podían salvarte. Es hora de que hablemos claro. Hace poco quisiste penetrar en un terreno mío... completamente mío, como es el alma de mi hija.

MOR. ¿No es también hija mía?

CRIS. Sí... pero sólo en cuerpo. Su alma la gané yo para mí... para la fe... para la religión... ¡Yo

la he formado! Tú en tanto corrías á arrastrarte á los pies de una cortesana... Tú la ultrajabas y me ultrajabas revolviéndote en el cieno del pecado. No temas que moleste tus horas de languidez erótica. Tu mujer es demasiado digna para descender al nivel de tu amante, disputándola lo que me roba. Yo amo también... Pero mi amor no es como el tuyo, criminal y ridículo. No me es preciso esconderlo temerosa del escándalo. Puedo gritarlo á voces y en público. ¡Porque amo á Dios!

MOR. Te suplico que me escuches.

CRIS. ¿Para qué? No te pido cuenta de tus actos. Sigue viviendo martirizado por tus dudas, derrochando tu vida en bacanales, siendo la befa de cuantos conozcan tu debilidad. ¡Yo tengo la satisfacción de mi conciencia y la esperanza de un día de luz inacabable!

MOR. ¿Y gozas de esa calma sin que te acuse la idea de haber deshecho mi vida, de haberla destrozado?

CRIS. ¿Yo?

MOR. ¡Tú! Si hubieras sabido mantener en mi corazón el calor de tu cariño... si hubieses sabido amarme... Yo no soy más que tu marido. El marido á quien se rinden por deber y á disgusto las caricias indispensables. El marido que mantiene las necesidades del hogar. ¿No tienen algo de vendidos también esos mimos obligatorios? ¿Qué da la mujer honrada á su esposo si no le da el alma?

CRIS. ¡Pepe! ¡Pepe!

MOR. ¡Si supieras cuánto sufro!

CRIS. Me das lástima. Eres víctima de esos errores que llenan de confusión tu espíritu.

MOR. Tengo familia... ¿Para qué?

CRIS. ¿Supiste, tú que acusas, merecer su afecto? Tus falsas ideas son tu desgracia. Si fueses bueno... Pepe... Si creyeses... ¡Qué blanda, dulce y regalada vida entonces! Poseedores de una gran riqueza, pudiendo dedicarnos juntos á hacer el bien... ocupándonos del porvenir de nuestra hija... Piensa que acaso

Dios te muestra en mis palabras el rayo que alumbre las tinieblas de tu vida. Sigue la senda llena de paz... de flores... que aun te brindo. Ten fe y encontrarás esperanza que te aliente.

MOR. Cristina, no hay en el mundo nada que pueda alegrar un alma muerta.

CRIS. Sí... otra alma que sea toda amor.

MOR. ¡Amor!... ¡Esperanza!... ¡La vida! (Amargo.)

CRIS. ¡Dios mío, haced que crea! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

GOICOCHEA é IRIONDO

GOIC. Es inútil, Capi; no *recibimos* á nadie.

IRION. No es á usted á quien Aresti desea ver.

GOIC. Lo supongo, es á don José... Pero yo tengo órdenes terminantes. Desde que estuvo seis días haciendo ejercicios espirituales en el Santuario de Loyola, el principal no quiere cuidarse de nada que no sea la salvación de su alma... Ya no hay para él negocios, ni parientes, ni... Está en el buen camino; ganará el cielo.

IRION. ¿Qué menos puede otorgarle Dios por el martirio de haberle padecido á usted en la tierra?

GOIC. ¡Señor Iriondo! Cuidadito con la lengua. Yo soy en la casa la representación de don José y no consiento que se falte á don José ni por representación.

IRION. ¡Que yo no pueda volver á la mar!

GOIC. Haga usted lo que Aña Nora. Aquella entrometida que encalabrinaba á la señorita con el ingeniero defensor de obreros herejes... Aña Nora se marchó á su pueblo.

IRION. La echaron.

GOIC. Se fué. Doña Crístina es la bondad misma. La regaló un pedazo de terruño y dos vacas. Una vieja sola... Ya ve usted... Casi rica... Si usted pensase en retirarse del servicio de la casa, en la casa no seríamos ingratos... Reconocemos sus muchos actos de lealtad... Lástima que las ideas...

IRION. Habla usted como no se atreve á hacerlo el futuro amo... El ex-seminarista Urquiola.

GOIC. ¿Don Fermín? ¡Oh!... ¡Ese es un talentazo colosal, Capi, colosal!... ¡Así como suena! Y qué nobleza de sentimientos... Que generosidad... Qué... ¡Nos tiene á todos encantados!

IRION. Bueno.. Dele usted expresiones de parte de la costurera y los cachorros...

GOIC. ¡Calumnia, monstruosa calumnia, señor Iriondo! Se ha averiguado que don Fermín no es el padre de esas criaturas.

IRION. Pues, ¿quién lo es?

GOIC. No tienen padre.

IRION. ¿Han nacido por obra milagrosa?

GOIC. No tienen padre conocido. ¡Consta en la partida bautismal y en el registro civil! Doña Cristina hizo sacar esos papeles para convencer á Pepita que dudaba. ¡Pobrecita! Influída por Aña Nora y el tal Sanabrillo... Pero se rindió á la evidencia. ¡La religión y la ley están de acuerdo! «Padre desconocido».

IRION. Urquiola... (Con seguridad.)

GOIC. Don Fermín es conocidísimo... Hablan de él hasta los periódicos de la corte... Ya ve usted que no es el padre. ¡Vaya usted á saber quién!... Con una mujerota así...

IRION. Pues en los Hornos están descontentísimos de su ingerencia...

GOIC. ¿Allí? ¡Ya lo creo! Aquella colección de impíos... *¡maketos*! ¿Cómo han de ver con gusto su gestión admirable? Preferirán vivir sin fe como cuando Sanabre les alentaba...

IRION. ¡Y para eso se batió Pepe en los días del sitio!... Me alegro de que aquello me cogiera navegando... Hubiera empuñado el fusil

también... ¡También me hubiera creído vencedor... y ahora sufriría la vergüenza del vencido! En fin... hagan lo que gusten. Pero ví á Luis esta mañana... me dijo que vendría. Cumplo con anunciarlo.

GOIC. No entrará... no verá á don José. ¡No nos lo volverá á pervertir! Sabemos que aquello de de la *cocotte* judía fué obra suya...

IRION. Dígaselo usted cara á cara...

GOIC. ¿Yo?

IRION. Porque se expone usted al decírselo á que le haga bailar á puntapiés.

GOIC. ¿A mí? ¿A mí? (Muy engallado.)

ESCENA II

DICHOS y URQUIOLA

URQ. (Seco. Altanero.) ¿Qué es eso?

GOIC. (Muy adulador y serio. Cambio completo.) ¡Oh!... Mi señor don Fermín... El Capi me anunciaba... Pero, ¿cómo está usted? ¿No toma asiento? ¿Quiere que pase recado á las señoras? ¡Tendrán tanta alegría!...

URQ. Lo que debe usted hacer es no abandonar el despacho.

GOIC. Fué solo un momento... porque el Capi... Pero vuelvo allá... Verdaderamente no podemos descuidar un instante los negocios... ¡Qué casa! Hace falta para abarcar todas las operaciones un talento... una capacidad... Yo no veo para el porvenir más sustituto al principal que usted... ¡Usted sí! con esa facundia... y esa ilustración y esa... y.. ¡Qué suerte la de la señorita!

URQ. Al despacho, Goicochea, al despacho.

GOIC. Con su permiso... ¡Ah!... He copiado íntegro y en bastardilla su último discurso de usted sobre la religión y los fueros para enseñárselo de memoria á mis ocho hijos... ¡Con qué hermosa entonación dicen aquello de... ¡Ave, bizkaitarras!... Bizkaitarras con B alta y k!... ¡Tal como se escribe! (Vase.)

ESCENA III

URQUIOLA é IRIONDO

URQ. ¿Quería usted algo, Capi?

IRION. Nada... asuntos de la casa...

URQ. ¿Hay algún barco á despachar? ¿Necesita usted órdenes?

IRION. Las he pedido al principal... Hay teléfono de mi despacho al suyo.

URQ. Morueta no se ocupa de esas cosas...

IRION. Es igual. Yo poseo su confianza y si no recibo órdenes suyas... directamente suyas, me pasaré sin ellas. Sé lo que debo hacer.

URQ. Va usted haciéndose viejo, Iriondo... Le convendría á usted descansar..,

IRION. He pensado en ello... Me ire...

URQ. ¿Cuándo?

IRION. El día en que tenga sucesor en la casa mi amigo y jefe.

URQ. Bien... bien... A mí no me incumbe... Voy á saludar á las señoras. (Vanse.)

ESCENA IV

IRIONDO y ARESTI

IRION. ¡Todo ha cambiado aquí! ¡Todo ha cambiado!

ARESTI Hola, Capi.

IRION. ¡*Planeta*!... ¿Has venido por fin? ¡Ya era hora!

ARESTI ¿Pepe?

IRION. No es que yo crea que se vaya á morir... pero anda muy malucho... No sé qué mala mosca le ha picado... No come... no trabaja... está triston... pasa el día rezando.

ARESTI ¿Rezando? (Con extrañeza, casi distraído.)

IRION. Y dejándose cuidar por su mujer y su hija como si fuese un niño. ¡Ni sombra del Pepe de hace un mes escaso! Ha estado en Loyola

haciendo ejercicios espirituales... Se empeñó Cristina...

ARESTI ¿Y qué tal? ¿Qué tal... esa?

IRION. ¡Admirable, Luis! Hermoseada por una nueva juventud, va y viene por la casa con aire altivo. ¡Ni sombra tampoco de lo que era! ¡Y cómo cuida á Pepe! ¡Con qué cariño y atención! ¡El la sigue á todas partes en sus idas y venidas por las habitaciones, con unos ojazos que revelan la plácida ternura de la gratitud!

ARESTI ¡*Ritorniamo* al idilio!

IRION. Que sí, ¡*Planeta*! Que parecen novios otra vez. No sé qué diablos habrán andado en eso... pero los dos son otros completamente.

ARESTI ¿Entonces la casa de mi primo será un nido de amor?

IRION. Hombre, yo te diré... Me gusta que estén así tan amartelados; pero no me place todo lo que aquí sucede... A todas horas está metido en el hotel el fantasmón de Urquiola, que se pavonea como si ya fuese el amo. Cristina no hace nada sin consultárselo... Pepita parece embobada con él... Da órdenes y admite y despide obreros y empleados en las minas y las fundiciones. Yo creo en la boda: Cristina los acerca... ¡Ese cachorro de Deusto será mi jefe! Es decir, el jefe de la casa... porque yo me largo si tal ocurre.

ARESTI Y Pepe, ¿qué dice?

IRION. Nada. No tiene voluntad... habla menos que nunca y á todo lo que le propone su mujer dice que sí con la cabeza. Tal vez por dentro piense otra cosa; pero por no contrariarla... A quien desea ver es á tí... Siempre me pregunta.

ARESTI ¿Por qué no me ha llamado?

IRION. ¿Qué sé yo? Vienen ahora mucho por aquí las Lizamendi.

ARESTI ¿Mi mujer y mi suegra? ¡Bien hizo en no llamarme!

IRION. Ya sabes... El Capi es muy franco. Aquí no te quieren. Te temen. Hasta creo que el oficioso Urquiola ha metido en la casa un

médico de su cuerda. Pero el pobre Pepe piensa en tí... Haz por verlo, hombre, y le darás un alegrón. Pondrán dificultades á tu visita, pero valiente cosa te importa la mala cara que te pongan los demás.

ARESTI ¿Conque tienen á mi primo secuestrado y para cuidarle llaman á otro médico, como si me hubiera muerto yo? ¿Conque para tapiarme la entrada colocan á mi mujer y á su madre en la puerta? ¡Pues le veré! Tengo curiosidad por contemplar de cerca la nueva dicha de ese aburrido millonario. Hasta me regocija el mal gesto que pondrán esas gentes ante mi presencia inesperada. ¡Una bomba! ¿Sabes, Capi? A ver, ¿no hay nádie en la casa?

ESCENA V

DICHOS y GOICOECHEA

GOIC. ¡Cómo! ¿Don Luis?

ARESTI El mismo, exsargento. Luis Aresti, médico de Gallarta y primo hermano único de don José Sánchez Morueta, su amo de usted, á quien me va usted á anunciar al momento.

GOIC. Perdone usted... Yo, don Luis, soy el secretario, y la señora...

ARESTI Es la señora... Y yo soy... quien soy. Conque lo dicho. Estilo militar: doble derecha, paso ligero.

IRION. Yo te dejo, *Planeta*. La obligación...

ARESTI En esta casa es después de la devoción... Pero, bueno, vete. El amigo Goicoechea y yo nos entendemos divinamente. (Vase Irión.)

ESCENA VI

ARESTI y GOICOECHEA

GOIC. Las órdenes... Mis órdenes... El señor no recibe.

ARESTI Recibe y despacha. La prueba es que yo voy

á entrar á verle y tú vas á hacer garabatos en el aire con tus bes de burro y tus kaes de Goicoechea. ¡Pepe, Pepe! (Yendo á la segunda izquierda.)

GOIC. Don Luis, es prescripción facultativa... No puede verse á don Jose.

ARESTI (Apartándole violento.) ¡Aparta, mamarracho!

ESCENA VII

DICHOS y CRISTINA

CRIS. ¿Qué es eso? (Seco.)

ARESTI ¡Cristina!

CRIS. Salga usted, Goicoechea. (Saluda Goicoechea y sale.) ¿Qué querías, Luis? (Seco también.)

ARESTI Ver á Pepe.

CRIS. No sé si podrás... Está delicado... No gusta de visiteo.

ARESTI ¡Bah! Los médicos entramos donde hay enfermos.

CRIS. Luis...

ARESTI ¡Le veré! (Enérgico.)

CRIS. En todo caso... Espera... Están ahí la infeliz Antonieta y su madre... No quieren verte.

ARESTI Nos pagamos. Aguardaré á que se vayan.

CRIS. Es que probablemente cenarán con nosotros.

ARESTI En ese caso pasaré á pesar de ellas.

CRIS. Pero...

ARESTI ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Aquí estoy! ¡Vengo á verte! (Gritando en la puerta primera derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS y MORUETA

MOR. ¡Luis! ¿Tú aquí?

ARESTI ¡Querido Pepe! (Se abrazan.)

CRIS. No convienen á mi Pepe estas emociones. ¡Está tan débil!

ARESTI Sí que te encuentro cambiadillo. Pero no es nada, un trastorno moral que se reflejó en su organismo; con un poco de calma y tranquilidad...

CRIS. ¡Nunca hablaste tan bién. Un trastorno moral, precisamente! En cuanto á la paz y la calma, ya sabe él cómo se logran.

MOR. ¡Oh, Luis! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Qué ganas!

CRIS. Permíteme recordarte la conveniencia de hablar poco... de no cansarte... de estar solo.

MOR. ¡Pero si es Luis! (Sin atreverse á mirarla.) Si con este tengo el mayor gusto en hablar. ¡Si deseaba mucho que viniese! Ya ves, Cristina, ¡es el último que queda de mi familia! ¡Somos casi hermanos! (Suplicante.)

CRIS. Bien, bien. Como quieras... Ya sabes que no te contrarío en nada. Sólo mi interés por tu salud... Creo que se marchan las de Lizamendi... Pepita está allí con mi sobrino Urquiola... Voy un instante. ¡No te molestes... ni discutas... ni te apesadumbres, Pepe mío! ¡Por tu hija y por mí! ¿Qué te importa todo lo demás en la tierra? (Le acaricia y hace mutis por la primera izquierda.)

ESCENA IX

ARESTI y MORUETA

ARESTI Y bien. Sospecho que nos dejarán solos poco tiempo... Aprovechémoslo... ¿Cómo vives en tu casa? ¿Eres feliz?

MOR. Cristina es un ángel... un verdadero ángel. Deberías ver cómo me cuida. Soy otro hombre, Luis. Esta tranquilidad no tiene precio. Estoy como el que se tumba en un ribazo tras una larga jornada... No me atrevo á moverme.

ARESTI ¿Y... *aquello?* ¿Se olvidó ya por completo?

MOR. ¡Oh, calla, calla! Me causa vergüenza y repugnancia recordarlo.

ARESTI Si te gusta esta vida...

MOR. Mucho... Me sienta perfectamente.. He estado seis días en Loyola, he escuchado las pláticas con otros compañeros de ejercicio... Toda gente selecta y distinguida... Políticos notables... navieros... hacendados... hasta obispos y generales. A las nueve cenaba y me acostaba á las diez.

ARESTI ¡Gran vida para un hombre de negocios!

MOR. Luis... yo que en el mundo puedo dar órdenes á miles de seres, gozaba la extraña sensación de ser mandado... de sentir sobre mi voluntad otra voluntad superior... La celda pobre y la comida vulgar en el refectorio, me parecian de una voluptuosidad nueva... agridulce... después de tantos años de fastuosidad en este hotel... No lo creerás, pero es grato no ser nada.... Verse guiado... empequeñecido... anulado... pensando á todas horas en la muerte para convencerse de la humana insignificancia.

MOR. Sí... somos bien poca cosa, ciertamente.

ARESTI Luego... la satisfacción que adivino en mi mujer y mi hija me llenan de alegría. Ahora nos queremos más. Formamos una verdadera familia cristiana, como dice... (Deteniéndose turbado.)

ARESTI Tu director espiritual.. ¿Por qué lo callas? Es el Padre Pauli... de seguro.

MOR. (Enérgico.) Mira... los jesuitas no son malos, como torpemente creíamos. Debes salir de tu error. ¡Si los tratases! Blandos... amables... virtuosos... Si no fuera por Cristina y Pepita me iría con ellos para siempre... La suya es la verdadera vida. Sin agitaciones cerebrales... sin ambiciones locas ni deseos que en el fondo son desengaños y tristezas.

MOR. Se lo he oído así á Urquiola.

ARESTI ¿Mi sobrino? ¡Buen muchacho! El me acompañó á Loyola.

ESCENA X

DICHOS, CRISTINA, PEPITA y URQUIOLA

CRIS. Nos dejaron al fin... ¿Qué tal mi enfermo? Aquí venimos á sentarnos en torno tuyo... A rodearte con el cariño de la familia.

ARESTI (Aparte.) Yo no soy de esta familia.

CRIS. ¿Te has fatigado mucho? Si no debes hablar... ni...

MOR. Gracias, Cristina... ¡Cuánto estimo vuestra solicitud!

ARESTI (Aparte.) Aquí sobro.

URQ. Nada de emociones, querido tío. ¿Un cigarrito? (Ofreciéndoselo.)

CRIS. Pero, Fermín... si el médico le prohibe fumar...

URQ. ¡Bah! ¡Bah! No haga usted caso de esas recetas. Es que no es accionista de la Arrendataria. ¿Lumbre? (Ofreciéndole la cerilla encendida. Fuman.) ¿Sabe usted querido tío que se prepara una gran peregrinación á la Virgen de Begoña? Todas las personas decentes de Bilbao se han asociado á la idea... Será una gran fiesta de la fe... ¿No asistirá usted á ella, Doctor?

ARESTI Vivo en Gallarta.

CRIS. Ha costado mucho organizarla. Pero será tan hermosa como la de la coronación. Un magnífico alarde de la Vizcaya religiosa y honrada, que quiere ser libre y volver á sus antiguos tiempos de esplendor...

ARESTI Con tal que no acabe á palos...

CRIS. ¿A palos?

MOR. ¿Se atreverán los herejes? ¡Oh! Yo mismo en tal caso, me lanzaría á abofetearlos.

ARESTI ¡Pepe! (Asombrado, recriminador.)

URQ. Sí, señor, á estacazos. La impiedad ha de combatirse á sangre y fuego. ¡Hay que volver á los antiguos tiempos!.

ARESTI ¡A qué tiempos!

URQ. Parece imposible que un vizcaíno haga tal pregunta!

CRIS. Convéncele, Fermín. ¡Si lo lograras!...

PEP. Talento le sobra.

URQ. ¿Qué tiempos han de ser? ¡Los del señorío! ¡Los de la gloriosa historia de Vizcaya!

ARESTI No inventemos historia, señor mío. Vizcaya no la tiene, y por eso posee la energía de los pueblos jóvenes. Su grandeza empieza ahora. Su gloria es reciente; está en la ría, en el puerto, en las minas y en las fábricas; en los buques que pasean por todo el mundo la bandera de su matrícula, en el esfuerzo de dos generaciones que han trastornado la naturaleza para arrancarla sus tesoros.

URQ. ¿Y los héroes vascos que lucharon en Padura y Otxandino, haciendo morder el polvo á los españoles en aquellas famosas batallas?

ARESTI ¡Batallas! Combates de horda un poco mayores que riñas de romería.

URQ. Antes Vizcaya dió al mundo hombres famosos.

ARESTI Antes sólo salían de aquí obispos y pescadores, ahora despuntan los únicos hombres notables que puede producir esta raza fuerte y laboriosa. ¿Ve usted á mi primo que no sueña con la leyenda histórica, ni se preocupa de lo que pensarán de él en el porvenir? Pues es el verdadero héroe de nuestros días. ¡Ha hecho él más por la gloria de Vizcaya con sus empresas industriales, que todos aquellos guerreros salvajes, que luchaban á peñascazos en los tiempos de Maricastaña.

URQ. (Turbado sin atreverse á contestar.) Cierto .. Mi querido tío.

CRIS. No te esfuerces, Fermín... Al Doctor le importan poco las tradiciones de Vizcaya... Lo que le molesta es ver á todo un pueblo rendir homenaje á su excelsa patrona.

ARESTI No me molesta... Me distrae... El rebaño subirá al monte en busca de la gratitud de

la Virgen... Pero la dirección la llevarán los que sueñan con el Paraguay vasco.

URQ. ¡Los jesuítas! Dígalo usted claro. ¿Qué tiene usted que decir de ellos? Son unos sacerdotes... puros... buenos. ¡Hable usted que los conoce, querido tío!

MOR. Sí... son excelentes personas.

URQ. ¿Y sabios? Yo conozco en Deusto un padre que habla cinco idiomas.

ARESTI Yo conozco empleados de hoteles que poseen más lenguas, y, sin embargo, el mundo ingrato no ensalza su sabiduría.

URQ. ¡Sólo los juzga mal el populacho! El populacho inconsciente que cuando surge una huelga apedrea los conventos.

ARESTI Debe haber su lógica.

URQ. Que vayan contra los ricos aun se comprende; pero ¿qué daño hacen los Padres á esas gentes?

ARESTI Son los directores y educadores de los ricos. Ellos los guían y moldean á su gusto.

URQ. En nombre de la moral.

ARESTI Una moral que ha fracasado al contacto de la vida moderna. Una moral que desconoce la justicia de la tierra. Una moral que dice: «Ama al prójimo como á tí mismo», y transige con la guerra.

URQ. ¿Y la caridad?

ARESTI La caridad es el medio de sostener la pobreza, de fomentarla, de convertirla en oficio. Es una institución que perpetua la esclavitud. ¡Otro gran fracaso de esa moral! Jesús abominó de los ricos, pero todos los humanos, desoyendo á Jesús, reclaman el privilegio de serlo. Todos se exponen á las llamas del purgatorio por acaparar los bienes de la tierra. ¡Todos! Hasta usted, paladín moralista, que amparado en la hipocresía, secuestró la voluntad de mi sobrina, arrancando de su pecho el poco corazón que había y que usted ha robado á Fernando de Sanabre.

PEP. ¡Tío! ¡Tío!

URQ. Caballero... Semejante insulto...

CRIS. ¿En tu casa, Pepe mío, en tu casa?

MOR. ¡Luis!

ARESTI Habéis de oirme. ¡Una vez! ¡La última!... Los privilegiados emplean la religión como un escudo. Nadie debe esperar la justicia aquí. ¡Está en manos de Dios! «¡Esperad! Vosotros seréis hartos», dicen á los miserables! y en tanto engullen... y los que esperan ayunan. Esa moral ha engañado al pobre. Os habéis forjado un Dios, especie de guardia civil de la burguesía, al que retribuís sus buenos servicios derramando el dinero á manos llenas sobre sus representantes, que á sí mismos se han otorgado la representación.

URQ. ¡Está loco! ¡Delira! La moral. ¿Pues cuál es la de usted?

ARESTI Mi moral es sencilla y valiente. Hay que aceptar la vida como es y vivirla toda entera. Mi moral se resigna á la compañía de los hombres, arrostrando el encuentro de lo malo y de lo feo, ansioso de modificarlo y embellecerlo. No miro al cielo; examino la tierra, y en vez de juntar las manos en oración, ocupándome egoistamente sólo de mí mismo, empuño el rudo instrumento del trabajo, pensando en la humanidad del porvenir para la que mis fatigas del presente serán facilidades. ¡Mi moral tiene callos en las manos!

CRIS. No entiendo esa moral.

ARESTI Ni la otra tampoco.

URQ. Solo ustedes los sabios pueden comprenderlo. ¿No es así? ¡La ciencia lo resuelve todo!

ARESTI ¡La ciencia, sí! El hombre emancipado por ella se preocupa de la suerte de la humanidad más que de sí mismo. Seguro de que su pensamiento vivirá aun después de que su cerebro quede destruído, busca en la vida intelectual el medio de inmortalizarse, dejando rastro de su vida en el mundo con alguna buena acción. A eso conduce la ciencia al hombre; á hacer bien á sus semejantes sin temor de castigo ni esperanza de recompensa; á vivir con la humanidad y tra-

bajar para ella obrando, no por egoísmo, sino por amor... Vosotros dedicais vuestra vida á comprar con oraciones un pedazo de paraíso y las oraciones no remedian nada sobre la tierra!

URQ. ¡Sofismas de incrédulo!

CRIS. Tienes razón, sobrino.

MOR. Luis... Luis. ¡Qué hombre! ¡Qué bien piensa! (Con entusiasmo)

CRIS. (Suplicante.) ¡Pepe!

MOR. Déjale. ¡Que hable! ¡Que hable! Todas las creencias merecen respeto, sin son honradas.

PEP. ¡Papá! ¡Papá! (Refugiándose en sus brazos emocionada)

CRIS. Pepe, no le hagas caso. Te quiere arrancar de mi lado, como antes. Hacerte infeliz. Ya que tanto amas á la humanidad, ¿por qué no te acuerdas de tu pobre mujer? ¡Cómo llora cuando recuerda el pasado! Predicas amor, y tu vida es la negación de tus predicaciones. Para amar á la humanidad, hay que ser como Jesucristo.

ARESTI ¡Jesús! ¡Qué gran poeta de la moral! Yo amo su recuerdo con la ternura piadosa de la compasión, viendo la inutilidad y el sarcasmo de su sacrificio. Sus sucesores han trastornado sus doctrinas practicándolas al revés, y su muerte fué una conspiración de los poderes constituídos. Gobernantes, ricos y sacerdotes. ¡Los mismos que hoy invocan su nombre y explotan su recuerdo para seguir su ejercicio de tiranos!

CRIS. ¡El hijo de Dios un poeta!

ARESTI ¿Acaso los poetas no son hijos de Dios?

CRIS. ¿Has oído, Pepe? ¿Y consientes esas atrocidades?

MOR Cristina, hay que respetar para ser respetado.

URQ. Si la presencia de estas señoras y el estado delicado de mi querido tío no me contuviesen, yo le diría á usted... (Amenazador.)

ARESTI (Irónico.) No soy de los que se dejan convencer ni convencen á puñetazos.

CRIS. (Conteniendo á Urquiola.) ¡Fermín... por Dios!
MOR. ¡Luis!
CRIS. Pepita, da el brazo á tu primo.
ARESTI Da el brazo, pero no vendas el alma.
PEP. ¡Tío! ¡Papá! (Indecisa.)
CRIS. ¡Pepita! (Severa.)
URQ. ¿Me concede usted el honor? (Pepita se apoya.)
CRIS. Vámonos, hija. Da gracias á tu padre que te permite oir tales cosas.
MOR ¡Cristina mía!
CRIS. Quédate con tu *sabio* primo. Que él te dé la tranquilidad que sin la fe te faltaba. (Mutis los tres.)

ESCENA XI

MORUETA y ARESTI. Los dos un momento anonadados

ARESTI (Levantándose.) ¡Pepe... adiós! (Triste, sentido.)
MOR. ¿Te vas?
ARESTI Yo no te pregunto como tu mujer: ¿Y tú consientes eso? Al fin es tu esposa y con ella has de vivir.
MOR. No te vayas así; no vas á volver. Yo no quiero reñir contigo; Cristina es como es. ¿Qué voy yo á hacerle? Ya ves, la familia la paz de la casa... Ella es buena y me quiere... ¡La verdad es que has estado fuertecito!
ARESTI Intenté despertarte... Descubrir ante tus ojos la verdad, acaso amarga para tí... Creí haberlo conseguido, pero ahora comprendo lo inútil de la lucha...
MOR. ¿Me desprecias?
ARESTI No. Te compadezco. ¡No eres ya tuyo, sino de esas sombras que han penetrado antes en tu casa, después en tu voluntad... ¡Ahora soy yo el *intruso*!
MOR. No, Luis... Tú no...
ARESTI Te dominan... te aprisionan... son audaces... Provocan la tempestad. Pero la provocación tendrá respuesta. Un ejército enemigo acecha tras esas montañas que ocultan el hori-

zonte. Desde los rojos picachos, desgarrados por el pico de los peones y el estampido del barreno, se prepara la invasión. La guerra, en nombre del pasado, se repetirá en nombre del porvenir, y los nuevos asaltantes llevarán por estandarte su miseria y por grito de rebelión el derecho á la vida.

MOR. El hambre extravía á esas gentes. ¿Cómo reducirlas á la paz sino inspirándoles la resignación? ¿Cuál será si no el destino de la enorme riqueza de Bilbao?

ARESTI ¿Y para qué sirve la riqueza de esta ciudad hermosa? ¡La vida es más triste que antes! Con la fortuna llegaron esos fantasmas negros que se hacen los amos de todo, apoderándose de las conciencias y poniendo mano en los caudales.

MOR. Nos dan la paz del espíritu.

ARESTI Son merodeadores de la fortuna que sólo se muestran hablando del cielo allí donde se amontonan los beneficios de la tierra. Si la riqueza de Bilbao se agotara de pronto, esas aves sombrías levantarían el vuelo. La tierra sería más pobre, pero renacería en ella como planta de consuelo la alegría de la vida.

MOR. Predican la dulzura de la fe. (Anochece. La escena va quedando en semioscuridad.)

ARESTI Destrozan las ideas de patria, porque no tienen patria. De amor, porque secó la hipocresía sus corazones. De fe, porque la han convertido en un fanatismo. (Suena campana grave y lejana.)

MOR. ¿Oyes, Luis? Esa es la voz de la muerte que nos amenaza. Contra ella la ciencia nada puede.

ARESTI ¿La voz de la muerte? No, Pepe. La voz del intruso que nos roba la alegría de la vida.

MOR. Ante el negro enigma de la muerte no hay nada, todo es sombra, misterio... ¡La intrusa, Luis!

ARESTI ¿Y á esa idea sacrificas la vida? Ocúpate de vivir, la muerte llega sola y es la calma, la paz.

MOR. Creer es soñar y yo sueño...

ARESTI Y para soñar, duermes. No tengo el derecho de despertarte arrancándote esa felicidad que tú te has forjado: La mentira es sabrosa, vive con ella... Adiós.

MOR. ¿Dónde vas?

ARESTI ¿No oyes? Los tuyos lloran creyendo haberte perdido. Ellos lo son todo para tí: yo, nada.

MOR. Luis...

ARESTI Vete. Vete á su lado. ¡Estás vencido!

MOR. (Sale; al salir se vuelve.) Vendrás, ¿verdad? (Aresti dice qne no con la cabeza.) ¡Luis, querido Luis! (Vuelve á abrazarle.) ¡Hay que soñar!

ARESTI ¡Hay que vivir! (Mutis de Morueta.)

ESCENA ULTIMA

ARESTI en tono burlón, pomposo, declamado, haciendo cortesías á un ser imaginario, con toda la ironía del personaje

¡Adelante el vencedor! ¡Paso al intruso! ¡Tus siervos, los pobres de espíritu, los de corazón seco, los de voluntad vencida, aguardan para ser dominados! ¡Pasa á tu reino de tinieblas é hipocresía, goza de tu poder en la sombra: yo voy á la luz. En ella está tu fin. Ella ha de matarte. En tanto, vive y triunfa. ¡Señor de imbéciles! ¡Já, já, já, já! (Se sujeta los lentes con movimiento nervioso de desprecio. Al abrir la puerta de la derecha primer términuo que permaneció cerrada todo el acto, el sol penetra en la escena, que habrá quedado casi á oscuras; y por el sendero de luz, envuelto en ella como en una aureola, sale Aresti riendo con risa que insulta, que hiere, que mata... Va hacia el ideal.)

TELÓN RÁPIDO

Precio: DOS pesetas